



HEROÍNA

AMOR VERDADERO CON EL MILITAR
DE ACCIÓN Y SU ALUMNA

TATIANA GARCIA



HEROÍNA

Amor Verdadero con el Militar de Acción y su Alumna



Por Tatiana Garcia

© Tatiana Garcia 2017.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Tatiana Garcia.

Primera Edición.

*Dedicado a Samira,
el primer choque de culturas en mi mundo.*

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir
libros gratis**

CAPÍTULO 1

Dos años en el ejército ruso es una marca indeleble que no se borra jamás. El servicio militar ruso es obligatorio, pero hay formas de evadirlo. Con sobornos, a través de familias influyentes, teniendo una miopía de casi siete dioptrías en cada ojo o siendo un estudiante brillante.

Pude haberme librado sin problemas, tenía el dinero y los contactos necesarios para hacer llegar el sobre bien repleto de billetes de cinco mil rublos. Pero no me dio la gana, me la bufaba todo por aquel entonces, no sé si me explico. Que me importaba una mierda, vaya.

Me sentía un tipo duro, y soy un tío con cojones, para qué negarlo. Eso lo he sido siempre, pero pensé que allí aprendería muchas cosas. No niego haber aprendido algo, pero nos jodieron la vida esos cabrones de mandos. Decidí ingresar en las fuerzas especiales *VDV (Vozdushno - desántniye voiská)*, las famosas Tropas Aerotransportadas.

Recuerdo muy bien al general de mi unidad: La 7ª División Aerotransportada de Asalto Aéreo, de Montaña, con base en Novorosiisk, en el *krai* (región, provincia) de Krasnodar, en el sur de Rusia, cerca del Cáucaso. El general se llamaba, supongo que seguirá vivo ese cabrón, Arkády Barkov. Aunque no suelo recordar conversaciones enteras del pasado, aquella se me ha quedado en la pelota grabada a sangre y fuego.

- Niñatas, ¿qué cojones pintáis aquí, en mi sagrada y laureada unidad de Montaña? - dijo Arkády mirándonos como una fiera a punto de saltar, a grito pelado -. ¡¡Aquí necesito hombres verdaderos!! Auténticos hijos de puta sin escrúpulos, sin sentimientos, sin emociones, sin mamás y sin putillas a las que recordar.

Al que no le quede esto claro como el agua de manantial que se vaya ahora, porque las pasará muy putas si no lo hace. La Unidad de Pskov, la septuagésima sexta, los de Asalto Aéreo, están acercándose en prestigio y efectividad, y no vamos a consentirlo.

Somos la mejor unidad de toda la *VDV* y mis cojones y yo nos encargamos de que esto siga siendo así. Niñitas asustadas, ¿hay alguna jodida pregunta de mierda que pueda salir de vuestras bocas acostumbradas a mamar tetas o, Dios no lo quiera, pollas?

- Hay una, señor -dije yo.

- Vaya, vaya, tenemos aquí al gallito de este miserable corral de putillas débiles y tristes. ¿Cuál es la pregunta, desgraciado?

- Me estaba preguntando si este lugar no sería más un hotel de cinco estrellas para niños e hijitos de papá, pero me alegra saber que habrá caña, señor.

A Arkády le tembló ligeramente el labio inferior. Había conseguido, soy un experto en ello, sacarlo de sus casillas.

- ¡¡Al suelo!! ¡Quinientas flexiones perfectas, soldado! Ni una menos.

A pesar de que por aquella época fumaba como un carretero y podía tumbar bebiendo a cualquier alcohólico, me casqué mis quinientas flexiones sin dificultad, pues tengo una naturaleza fortísima. Las cien últimas tuve su bota sobre mi espalda y apretaba fuerte, el cabrón, pero le gustó que pudiera terminarlas.

Las agujetas en tríceps, deltoides, pecho y trapecios por este esfuerzo repentino me duraron cuatro días. Las veinte últimas fueron un absoluto infierno, pero mi orgullo las hizo por mí, cuando mis brazos se negaban a moverse.

- No está mal, soldado. Eres bocazas, pero parece que vislumbro unos minúsculos huevecillos ahí que espero que se conviertan en melones de calidad. Ahora ponte de pie - me dijo con su nariz casi tocando la mía cuando me incorporé. Veamos si esto te parece un hotel de lujo.

Nada más pronunciar la frase un puño de acero que, al parecer, pues no conseguí verlo, había partido de su hombro, impactó sobre mi pecho a tal velocidad y con tantísima potencia que me levantó del suelo y caí espatarrado sobre el suelo lleno de charcos. Arkády mide menos de metro ochenta, pero tiene la potencia de un toro de quinientos kilos.

Me quedé sin respiración dos buenos minutos. Tuve que envainármela por primera vez en mi vida. Me creía fuerte y el mejor de todos allí, cuando no era sino uno más, ni mejor ni peor que nadie, pero muy inferior al general, que con sus casi sesenta años podía derribar de esa manera a un mastodonte como yo, de metro noventa y seis y ciento diez kilos de puro músculo.

- Pido disculpas, general, por mis palabras. Me he precipitado con esa bromilla -dije con humildad.

- ¿Cómo te llamas, cabrón? - me preguntó.
- Kirill Ivánovich Mishkin, señor.
- Bien, Kiriuja. Tu primer trago de barro y mierda espero que te haya sentado bien porque te quedan muchos.

* * * *

En la *VDV* o te conviertes en una máquina de matar perfecta o no vuelves nunca. No hay términos medios. Alguna vez he visto alguna peliculilla de esos maricones de los marines estadounidenses. Solo puedo decir que, si de verdad es como retratan en las películas, ellos son como niños *boyscouts*. Es como comparar un cocodrilo con una lagartija.

Esos entrenamientos son de risa para nosotros. Para aguantar las terribles sesiones físicas, por la noche nos daban heroína. Esos hijos de la gran puta nos dieron heroína. Me convertí en adicto, por supuesto. Todos lo éramos. Creo que no caí mal del todo al general. Debido a eso, el resto de mandos me respetaba, aunque muchos no tragaban mi sempiterna chulería, que había sido proverbial en mis años de juventud.

Los entrenamientos descendiendo de helicópteros con cuerdas sobre picos de montaña helados y empinados eran parte del entrenamiento. Somos conocidos como los paracaidistas del ejército, pero somos mucho más que eso. Nos preparan también intelectualmente. En dos años aprendí inglés, alemán y algo de árabe, además de física, química básica para preparar explosivos en cualquier situación y casi con cualquier material, etc.

Pero lo mejor, para mí, fue la instrucción marcial. Yo había practicado toda mi vida boxeo, boxeo tailandés (muay thuay), tae-kwon-do y kárate. Pero allí, además, aprendí la defensa personal de las *VDV*, que no tiene nada que ver con las llaves que aprendes en los gimnasios.

Es todo callejero, práctico al mil por cien. Increíble. Era espectacular. Las artes marciales casi no nos servían de nada ante Iván Perepechenov, el instructor jefe en lucha cuerpo a cuerpo. Me encantaban sus clases y fui su mejor alumno. Nos hicimos íntimos y, gracias a él, pude soportar los dos primeros durísimos años.

Ahora mismo soy una especie de máquina de luchar, efectivo, eléctrico, tranquilo si es necesario, mortal cuando se me ponga o jugueteo cuando hay idiotas inofensivos. Luchar es mi vida, pero he aprendido a distinguir y a no utilizarlo con pobres inútiles que no podrían aguantarme ni una patada giratoria en la mandíbula.

Mi cuerpo se endureció aún más de lo que estaba, pero mi alma también. Mi conciencia casi desapareció, pues estábamos convirtiéndonos en máquinas de matar, verdaderos matarifes de primera.

Finalmente, Arkády, el general, me concedió la medalla de honor por haber sido el mejor soldado de mi promoción. En el fondo, le caí bien aquel primer día de las flexiones y el puñetazo que con solo recordarlo, me continúa doliendo.

No me fui a los dos años, aunque tenía derecho a ello, pues me había licenciado. Continué en el ejército y llegué a *Mládshi Leitenant* (oficial menor o subteniente según los grados de la OTAN). Estuve hasta los veinticinco años. Si ingresé con dieciocho y no tenéis aún el cerebro tan reblandecido por la papanatas vida actual, podréis calcular cuántos años pasé ahí.

Luché en la Guerra de Georgia en 2008, junto a los osetios del sur. Además de esto, he participado en operaciones especiales secretas que, precisamente por eso, no voy a contar aquí. Los recuerdos no son buenos, señores. No lo son en absoluto. Cualquier veterano de guerra sabe de lo que hablo. Los que no lo sois, dejadlo. No lo entenderíais aunque os pusierais a ello.

Nadie entendió mi marcha. Fui el mejor de mi promoción y me esperaba una carrera plena de éxitos y de ascensos sin fin. Arkády me lo dijo, trató de convencerme, pero no fue capaz. Algo se rompió en mí. Un día, bajando en paracaídas sobre la tundra siberiana, decidí que al día siguiente me iría, presentaría mi dimisión.

Y así lo hice. Tengo un expediente impecable. Mi caso constituyó un golpe para mis soldados. Estaban acostumbrados a mí; algunos incluso me veneraban como a un dios. Mi orgullo vivió de esa sensación durante un tiempo, pero pronto terminó. Como digo, me rompí por dentro. Se me quebró el alma. No puedo describirlo de otra manera.

* * * *

Volví a casa, a Moscú, y me miré al espejo por primera vez. En el ejército no me miraba a la jeta. Tenía minuto y medio para afeitarme, vestirme y lavarme, y me concentraba en eso, en cada pelo de la barba, para que la cara quedase como el culito de un bebé. Pero entonces me miré a los ojos. Lo que vi me espantó, no me voy a andar con pijadas de psicólogo.

Una mirada glacial, de acero inhumano, de robot, de máquina de matar, de lobo rabioso, de oso enloquecido, no sé, de muchas cosas a la vez, pero de ninguna al mismo tiempo, si eso tiene sentido para vosotros. Perdido, quizá. Ahora pienso que perdido no estaba, pero entonces creí que sí. Era otra cosa, era peor.

Intenté encontrar algún empleo adecuado a mi experiencia: chófer de mafiosos, guardaespaldas, de seguridad en algún garito tranquilo de viviendas de millonarios y oligarcas... Pero nada. Algo veían en mi mirada.

Todos se asustaban. Volví del ejército, como he dicho ya, pareciendo más una bestia salvaje escapada de una jaula que un ser humano. No seguí buscando. No tenía sentido. Tampoco habría podido trabajar en nada en aquel estado. El encargado de seleccionar personal para un conocido ministro de la Duma me llegó a decir:

- Demasiado duro, hijo, nunca había visto algo así ni había dicho esto, pero eres demasiado. Eres peligroso. Lo siento. Quizá con el tiempo... Ahora no. Vas a estallar, no sé cómo explicártelo, porque tú lo sientes también pero no sabes qué es. Ninguno lo sabemos. Así estuve yo un tiempo, como tú ahora. Pero cálmate, encontrarás algo, seguro.

A la seguridad, si quieres, podrás volver cuando tu alma se asiente. He visto, pocas veces, casos similares, pero tu caso es más severo. Toma mi tarjeta y llámame dentro de un año o algo más. Creo que estarás mejor.

Sé dónde has estado y me he informado sobre ti, Kirill. No hagas locuras. Descansa, estudia algo. Relájate, busca una chica, te vendrá bien. Olvida la seguridad ahora, las armas, etc. No te conviene ahora, hazme caso. Entrena, descansa, haz algo diferente. No toques las armas por un tiempo.

Una noche, bebiendo para alcanzar el coma etílico, mas sin conseguirlo,

conocí en una discoteca a un daguestano que organizaba peleas clandestinas callejeras. Se había quedado mirándome beber y me contó, pues a él le afectaba el alcohol más que a mí y le soltaba la lengua más de la cuenta, a qué se dedicaba. Le dije que podría hacerle ganar mucho dinero.

- Kirill, no estás ahora, amigo, para decirme esto. Esos tíos, los de la calle, no son boxeadores, no son bailarines con reglas que obedecen a un árbitro, ¿entiendes? Es peligroso. A veces, mortal - dijo trabándose con todas las consonantes silbantes que tanto abundan en nuestro querido idioma.

- Búscame ahora un contrincante y te lo demuestro. Sí, ahora mismo, con los dos litros y medio que llevo metidos de vodka. Así de seguro estoy. Si estando así, borracho como estoy, pero cuerdo para pelear, te gusto, imagina cómo será cuando esté ebrio. Todo me da igual ya; así que, si quieres, es ahora o nunca.

Shamil me miró y lo que vio en mis ojos lo convenció al instante. En una hora consiguió organizar una pelea a las afueras de una fábrica del este de Moscú, cerca del barrio de Liublinó. Me pidió parar de beber, pero me ventilé lo que quedaba de la botella, que era más de la mitad. Shamil me dijo que, por primera vez en su vida, iba a hacer una locura e iba a apostar por mí un millón de rublos (unos 16000 dólares americanos).

- También te digo, Kirill, que va a venir a luchar una bestia salvaje. No ha perdido aún ni una sola pelea, y llevará más de cuarenta. Más de diez tíos están reventados de por vida por sus golpes. No suele necesitar más de dos. Es mortal, Kirill. Estás borracho, podría matarte, aunque no dudo de que seas como dices, pero joder, ¿no podrías esperar a mañana? Mañana luchas con él, con ese kazajo inmenso - dijo mientras íbamos en taxi hasta el lugar de la pelea.

- Silencio, amigo Shamil, ahora me concentro en mí mismo. No te preocupes de nada - contesté y me sumí en un silencio que Shamil no se atrevió a romper.

Era febrero y nevaba sobre la ciudad más grande de Europa. Haría unos diez grados bajo cero, la temperatura ideal para mí, perfecto para desentumecer un poco los músculos.

Junto a la fábrica abandonada ya había reunidas unas cien personas, ansiosas por ver sangre. Los cobardes que no son capaces de enfrentarse ni a un gato

viejo adoran ver cómo dos tíos se dan de hostias sin piedad. Como no estaba para valoraciones morales, eché un vistazo a algunas de las jetas de los espectadores. Algunos iban allí por negocio, para ganar grandes sumas de dinero.

El tipo ya estaba allí, en camiseta de tirantes, esperándome. Era un kazajo con ojos muy rasgados y pequeños, nariz chata y aplastada, muy corta, y mandíbula redonda y pequeña. Medía algo más de dos metros y pesaría unos ciento cuarenta kilos, me dije a ojo. De putísima madre. Un tío enorme. Así no me entrarían luego remordimientos y no me podría llamar a mí mismo abusón. Buena elección, Shamil, le susurré, guiñándole un ojo.

En estas peleas que organizaba el daguestano, se daban dos minutos para que los espectadores valoraran a los púgiles antes de hacer sus apuestas. Alguno lo tenía claro y había apostado de antemano por él, pues seguían todas sus hazañas y pensaban que no había en toda Rusia un hijoputa capaz de resistirle veinte segundos.

Lo que más me gustaba eran las reglas. No había reglas. Una especie de amago de sentimiento de lástima quiso abrirse paso a través de mis entrañas, pero los primeros gritos de los espectadores lo apagaron ipso facto.

Y allí, sobre una gruesa capa de nieve, estábamos aquel descendiente de los antiguos mongoles y yo. Él en camiseta de tirantes, sin duda para que yo observase sus bien trabajados y fortísimos músculos de titán que solo me dieron pena. Yo iba con un jersey de cuello alto y cazadora corta que no me molesté en quitarme en ningún momento. Para qué.

Parecía drogado. Se lo noté en las pupilas. Se había metido un buen chute de alguna fuerte droga para incrementar la potencia y la resistencia al dolor. Mejor así, mi buen kazajo, mucho mejor, pensé con sincera piedad.

- Damas y caballeros -anunció Shamil-, les presento a un nuevo luchador recién venido del sur de Rusia. Se llama Kirill, está borracho y asegura que incluso en este estado puede vencer a cualquier cabrón que ose enfrentársele. Lo he conocido hace tres horas y, señores, voy a apostar por él. No lo he visto pelear jamás, ni siquiera sé si podrá hacerlo, pero su mirada me asustó. Obsérvenlo bien.

Sostuve la mirada a todo aquel que puso sus ojos sobre mí, y bajaron la suya al instante. Todos ellos. Las mujeres, en cambio, no. Fue fascinante. Alguna,

incluso, tembló, pero no retiró la mirada. Dos o tres hombres, al ver mi mirada, cambiaron inmediatamente la apuesta.

- ¡¡Comienza el espectáculo!! Como ya todos ustedes saben, no hay reglas, no hay tiempo, no hay asaltos, no hay campana salvadora. Lo único no permitido son las armas. Hay que pelear con el cuerpo, caballeros. ¿Están dispuestos? Esto va a empezar.

Anargul, que así se llamaba el kazajo, se acercó a mí gallito, hinchando los hombros, sacando los dorsales como si fuesen alas y adoptando guardia de lucha combinada. Shamil dio la señal de salida bajando su brazo.

Mi movilidad estaba disminuida, ya veía doble y no sabía cuál de los dos Anargules que veía era el auténtico, así que decidí dar a los dos a la vez con un fulgurante ataque de puños frontal dirigido a la garganta del kazajo, ya que se distrajo una décima de segundo y subió la mandíbula.

Fue mi mano derecha la que impactó contra su nuez. Cayó de rodillas sobre la crujiente nieve, ahogándose y llevándose la mano a la garganta. Para terminar aquello, le endosé una terrible patada con el talón sobre la sien que lo dejó inconsciente de manera instantánea. La pelea duró unos dos segundos, si no recuerdo mal.

Shamil ganaba muchísimo dinero con aquello, pero me confesó que aquella noche nadie se atrevió a apostar su dinero por mí —excepto los que cambiaron las apuestas al mirarme— y ganó varios millones de rublos en un par de segundos. El público quedó atónito y silencioso. Se podía oír la nieve caer sobre los abrigos y los bolsos de las bellísimas mujeres.

Un médico se acercó a Anargul para intentar reanimarlo, pero no lo conseguía. Pensé que lo había matado, pero en ese momento ni me importó. Al día siguiente Shamil me dijo que estaba en el hospital por conmoción cerebral y sin voz, pero vivo y sin riesgo para la vida. Quise sentir algo parecido al alivio, mas no fue aquella la sensación que corrió por mis entrañas.

CAPÍTULO 2

Se corrió la voz por todo Moscú. Un nuevo luchador impresionante había destrozado a Anargul, el indiscutible rey, en dos segundos, estando borracho como una cuba, para más inri.

A los dos días Shamil organizó una pelea contra James Fox, un inglés que de vez en cuando viajaba al este de Europa si la bolsa era lo bastante elevada como para arriesgarse. Era un ex boxeador muy duro y maestro de Aikido japonés, sexto dan en el kárate coreano, experto taekwondista y duro como una roca. Destrocé sin piedad a Jaimito en medio minuto.

Le rompí las dos rodillas atrapándolo en el aire mientras saltaba hacia mí para sorprenderme tras haberme lanzado una buena combinación de puñetazos y patadas rápidas. Lo que me enseñaron en la *VDV*, que no suele enseñar ni el mejor maestro de artes marciales, es a estudiar la posición del cuerpo del contrincante en todo momento y poder descubrir, siguiendo las reglas de la física, cómo será su ataque.

Aprendí muy rápido y a la perfección la técnica. Este es uno de mis trucos para anticipar todos los ataques. No soy más rápido que la luz, como me tildan muchos, ni tengo sangre felina. Solo observo y actúo en consecuencia. Los crujidos de ambas articulaciones hicieron vomitar a más de uno en aquel puente donde se organizó la pelea.

Para la ocasión, Shamil y otros profesionales del asunto habían sobornado a la policía moscovita para poder ofrecer al inglés un ring adecuado a sus expectativas. Me parece que no quedó defraudado. Eso sí, dudo que vuelva a pelear jamás.

Ni que decir tiene que Shamil me adoraba. Yo me convertí en su gallina de los huevos de oro y no quería perderme. Me daba un gran porcentaje de los beneficios. Cada vez me daba más. A mi sexta pelea acudieron conocidos oligarcas del país, a los que se les había dicho que el espectáculo que ofrecían mis *knock-out* eran dignos de verse en vivo.

Esa noche, aún en febrero, peleamos en la aldea— antiguo *sovjós* soviético— de Zarechye, en un aparcamiento abarrotado de público. Para aquella pelea, Shamil, con bastante miedo en el cuerpo, pues me temía, como todos los demás, me sugirió darle un poco de emoción a la lucha.

Aún no había recibido un solo golpe de nadie, y eso estaba bien, me dijo, pero necesitábamos que surgieran dudas, porque poca gente apostaba ya por mis rivales, salvo algunos excéntricos millonarios que siempre apostaban a la contra, para ganar mucho, en caso de suceder, y perder, para ellos, migajas en caso de que triunfase el favorito.

El rival de aquella ocasión era un ruso, como yo, eslavo cien por cien, rubio, de piel sonrosada, ojos grises y cuerpo gigantesco. Estuvo, como yo, en la *VDV*. Shamil me dijo que fue expulsado del ejército por dejar en coma a nueve compañeros en una brutal pelea.

Dos de ellos murieron en el hospital. Shamil no temía ya por mí, sino por los rivales. Solía contratar a médicos para que estuvieran entre el público, pues mis golpes no dejaban heridas, sino que rompían huesos, cortaban la respiración o hacían entrar en coma.

La masa gritaba, enfervorecida, mi nombre. ¡¡Kirill, Kirill, Kirill!! El ruso, al mirarme a los ojos por vez primera, se apocó. Se vino mentalmente abajo. Lo noté. Quizá fuera un gran, un grandísimo luchador, no lo sé, pero mi mirada aquel día fue la misma que cuando me miré al espejo tras volver del ejército. Daba miedo. Me lo dijo Shamil después.

Le permití bailar un poco y que cogiese confianza. Soltó algunos puñetazos que detuve con los hombros, con la guardia abajo, para desmoralizar. Entendió que no tenía nada que hacer, pero era valiente y luchó hasta el fin. No hice caso de Shamil, un tío que me importaba una mierda, y no permití que me tocara.

En cambio yo enlacé un tremendo *uno-dos* de boxeo sobre su rostro, que le rompió la nariz, con un crujido audible para todos, y con dos brutales y velocísimas patadas, una al cuello y la otra a la rodilla, quebrándosela cuando se desmoronaba, pues era la rodilla de apoyo. El hueso en punta asomando sobre la piel fue bastante para que vomitaran varias rubitas y algunos machotes que se creían muy duros.

No contento con eso, lo agarré del cuello con la izquierda, lo levanté en vilo dos palmos del suelo y le sacudí una serie de cincuenta puñetazos al rostro, desfigurándoselo totalmente. Se me fue la olla aquella noche. El chico estuvo en coma dos semanas.

Hasta Shamil estaba horrorizado por la brutalidad de mis golpes. Me dio todo

el dinero de aquella apuesta, que era muchísimo. Creo que tenía miedo de que yo pensara que me engañaba. Esa noche entró en pánico.

Me reverenciaba, pero al mismo tiempo me temía. Me confesó que no había sentido miedo hacia nadie, nunca, pero que yo no parecía un ser humano corriente. Él creía que un demonio de las montañas de su patria, del Cáucaso, había entrado en mí. Quién sabe lo que habría entrado en mí durante mi estancia en el ejército...

Durante todo el mes de marzo esperé un rival, mas no llegaba. El miedo es rápido y se había corrido la voz. Ni siquiera los más locos personajes, hartos de todo y con deseos de morir, quisieron enfrentarse a mí. Al final, el día dos de abril, peleé de nuevo. Shamil había conseguido convencer a un conocido suyo, un chechenio loco perdido, campeón de lucha libre y experto en varios tipos de lucha asiática, instructor de milicias chechenias en las montañas.

Shamil me dijo que ese hombre solo peleaba a muerte; si el contrincante aceptaba esa condición, pelearía. En caso contrario, no luchaba. Acepté no solo gustoso, sino feliz. Allí podría acabar todo por fin. Si me mataba, me liberaría. Si lo mataba yo, pensaba dejar ese mundo de las peleas clandestinas que no me conducía a nada.

El combate se celebró en Chechenia. La República de Chechenia quedó paralizada por la noticia. Un ruso, un infiel, fuerte como un toro y despiadado como un demonio, se atrevía a desafiar a muerte a Anzor, el mejor luchador de Chechenia de todos los tiempos. La bolsa era una locura. Shamil tuvo que contratar a expertos contables que le llevaran las miles de apuestas que se hicieron para la pelea, pues él ya se perdía con las cifras.

Luchamos junto a un torrente de montaña, en un descampado de hierba verde y pura. Los millonarios de Chechenia, al completo, más la mayoría de oligarcas rusos acudieron a Chechenia para ver in situ lo que se denominó "la pelea del milenio".

Hubo más seguridad privada que si hubiese estado Putin allí. No descarto que estuviera, pues adora la lucha; quizá bien disfrazado... Un oligarca, tiempo después, me confesó que estuvo cerca de él, contemplando la pelea. No sé si sería cierto.

Anzor compitió en lucha libre durante solo cinco años. Ganó todas sus peleas, consiguió decenas de medallas de oro, incluso una en los Juegos

Olímpicos. Pero era mucho mejor como luchador callejero que como luchador de competición.

Anzor no luchaba por dinero, sino por honor. Pero en esa ocasión hizo una excepción. Su adorada madre se debatía entre la vida y la muerte y aceptar la pelea le salvó la vida, pues pudo enviarla a Estados Unidos a que le hicieran una operación de urgencia.

Shamil le adelantó mucho dinero de la bolsa. Pero para él era vergonzoso luchar por dinero. Por eso no quería seguir vivo si perdía. A veces peleaba así, a muerte, pero exigía que no hubiera apuestas. Él no aceptaba dinero por luchar.

- Ruso, ya sabes que solo uno de los dos saldrá vivo de aquí, o quizá ninguno de los dos -me dijo en ruso con fuerte acento caucásico.

- Por eso he venido, para ver si consigues matarme y hacerme ese favor - contesté mirándole fijamente a sus marrones ojos.

- Tu mirada es fiera como la de los antiguos guerreros chechenios, ruso. Me impresionas, pero no te temo, eso nunca. Te respeto, pero voy a matarte. Reza tus oraciones si quieres.

- No te preocupes por mi alma. La perdí hace tiempo -respondí.

- Como quieras. Yo voy a rezar ahora a Alah. Permíteme unos segundos.

- Sin duda, compañero. Lo que necesites. Es justo.

Anzor era un leopardo humano. Sus movimientos eran casi imposibles de leer. Sus apoyos y giros no respetaban las leyes de la física. Por primera vez, un contrincante me ocultaba sus planes hábilmente. Estuvimos un minuto estudiándonos.

Él tampoco sabía cómo atacarme. Ese secreto no lo voy a revelar aquí, como comprenderéis. Nadie puede leer mis planes, pero pensé que era de los pocos en el mundo que había conseguido perfeccionar esta técnica. Me equivocaba. Anzor lo hacía aún mejor que yo.

Arriesgué con un golpe lateral, con el canto de la mano, solo para probar si quería encajar para atraparme o lo esquivaría. Me esquivó en el último instante, pero el golpe tenía truco, pues era un amago de un remolino desde el suelo con patada de abajo arriba en giro, que conseguí, creo que por instinto, pues nadie me la paraba, esquivarla a duras penas, aunque sufriendo parte de

la pegada en el estómago. No pareció acusarlo.

De reojo vi al público. Los chechenios bramaban a favor de su chico. Los rusos estaban todos a favor mío, y gritaban no menos que ellos. Es extraño, pero aquella barahúnda, aquel terrible estrépito no me llegaba. Yo peleaba en silencio, a cámara lenta, me pareció estar fuera del planeta, en otra dimensión. Anzor me agarró del cuello, pero le rompí la muñeca en una rápida sucesión de movimientos y contramovimientos que no pudo prever.

Como un lobo valiente, no emitió ni un gruñido, apretó los dientes y vino por mí como un tren de mercancías desbocado. Con una mano descartada para agarrar ni golpear, se jugó el todo por el todo y quiso hacerme la *pinza* con las piernas, en un salto de Aikido, parecido al que apliqué al inglés en aquel salto.

No pudo ocultar el mensaje, que esa vez sí, leí a la perfección como si fuera un libro abierto. Me telegrafió el gesto y mi cuerpo, experto y entrenado en miles de batallas, lo estaba esperando. Agachándome y girando, le destrocé los testículos con el codo mientras le quebré la mandíbula con un puñetazo fortísimo con la otra mano. A pesar del mortal ataque, se levantó, tambaleándose, mareado, incrédulo por lo que acababa de hacerle.

Como soy un hombre de palabra, y yo habría querido que él hiciese conmigo lo mismo, terminé rápido y de manera limpia. Deslizando los pies en un avance mortal, la palma de mi mano derecha le insertó el tabique nasal en el cerebro con un golpe para el que usé la fuerza de todo el cuerpo unido a la multiplicadora velocidad del ataque instantáneo.

Murió antes de caer al suelo. Sujeté su cuerpo y lo puse con cuidado sobre la hierba. Lo saludé con la cabeza respetuosamente y me fui de allí. Los ojos de algunos chechenios, amigos y familiares de Shamil, se llenaron de lágrimas.

Entonces, mientras me encaminaba hacia la carretera, con Shamil detrás de mí, acojonado como nunca, el silencio me golpeó en la espalda y me dolió. Supe entonces que se habían acabado estas bestiales peleas. No había rivales para mí, estando yo en aquel estado.

Esa pelea me convirtió en millonario en un día. El hecho de que fuera a muerte y en territorio chechenio, hizo variar las apuestas de muchos rusos que, pese a que deseaban mi victoria, el dinero es el dinero y decidieron apostar por Anzor.

Todos los chechenios, sin excepción, más leales y menos calculadores, apostaron por su luchador. La bolsa fue un escándalo que no creía que se volviera a repetir jamás. Nos volvimos todos locos. En ese sentido, tengo la vida resuelta para siempre.

Shamil me pagó y no he vuelto a verlo más. Nos separamos para no volver a vernos más. Le hice multimillonario y se despidió de mí con lágrimas en los ojos. Entendió que jamás lucharía ya nadie contra mí, aunque yo no hubiera decidido dejar de pelear. Bendijo la noche aquella en la que nos conocimos, en la discoteca. Tuvo buen ojo, aprovechó la ocasión.

CAPÍTULO 3

Volví a beber y a la heroína. Quería morir, pero ni siquiera el caballo podía conmigo. Basta que el ser humano se empeñe en una cosa, para que ocurra la contraria. Supongo que cuando tenga unas ganas terribles de vivir y de disfrutar de la vida, moriré.

Me gasté una fortuna en casinos, en tías, en drogas, en coches, depravándome cada vez más. Pero el dinero no se terminaba. No podía terminarse, pues era demasiado y solo por tenerlo en los bancos, me hacía más rico cada día.

Así que un día, hastiado de esa absurda vida, salí a correr. Era finales de mayo. Me había comprado una mansión en Barvija, donde viven casi todos los oligarcas rusos, pero no me gustaba la zona, tan pija y remilgada, con tanta seguridad y tanta memez.

Me fui a mi antiguo barrio del sur de Moscú, a la zona de Kajóvskaya, un barrio obrero, humilde, feo y pobretón, con horribles y altos edificios de viviendas construidos sin estética alguna, pensando solo en la funcionalidad.

Allí, sin saber por qué, empecé a correr y a sentirme, por primera vez en muchos años, casi vivo. Llevaba tres meses sin hacer ejercicio, pero mi físico no pareció notarlo. Aceleré y aceleré, como si quisiera ganar los cien metros lisos a un jamaicano.

Sudé mucho y la camisa se me había pegado al cuerpo. Necesitaba beber algo. Junto a un portal vi el cartel de un gimnasio de barrio. Entré para ver si podía comprar allí algún tipo de bebida isotónica. La sala era vieja, olía a sudor rancio. Era un sitio perfecto. Me dieron ganas de entrenar allí mismo.

Muchas barras oxidadas, grandísimas mancuernas, sacos de boxeo y artes marciales colgados de gruesas cadenas por cada rincón... El paraíso del *machaca* que había sido en mis buenos tiempos. No había máquina de bebidas por ninguna parte. Pregunté a la chica que había en recepción y me dijo que tenían un frigorífico lleno de cualquier tipo de bebida. Compré un *Aquarius* y me quedé un rato observando entrenar a la gente.

Una pareja de adolescentes, con todo el ánimo del mundo, pero sin técnica alguna, trataba de colocar discos y más discos en una barra para hacer *press de banca* declinado. Me parecieron demasiados kilos y estuve pendiente.

Como me imaginaba, el chico intentó levantarla, pero no podía; el amigo trató de ayudarlo, pero a punto estuvo de dejar caer la barra sobre el pecho del otro. Intervine con rapidez y arreglé la situación.

- Muchachos, ojo con este ejercicio. Es muy bueno para el pecho, pero hay que hacerlo con estilo estricto, muchas repeticiones y menos peso. La lesión en los codos o en la escápula del hombro se produce con cierta facilidad. Les mostré cómo hacerlo y me lo agradecieron. Les puse la mitad del peso y vigilé sus movimientos.

Un hombre, al ver esto, se me acercó.

- Buenos días, gracias por ayudar a los chavales. Estaba ocupado. Ahora mismo estoy sin monitor de pesas. Veo que es usted un experto en los ejercicios - me dijo él. Era un hombre de mediana estatura, de grandes ojos azules y pelo castaño claro. Vestía una camiseta blanca ajustada de manga corta. Tenía un cuerpo bastante musculado, pero parecía más un luchador que un haltero. Me gustó su mirada, de persona buena e inocente.

- *Bez bazara* (sin problemas, en jerga rusa). Bueno, sí, he entrenado toda mi vida -contesté.

- Me gusta usted, con esa estatura y ese cuerpo. He puesto un anuncio, busco monitor de pesas y también de artes marciales. Quizá a usted le interesaría el puesto de instructor de sala.

- Creo que podría hacer ambas cosas, amigo -contesté esbozando, por primera vez en meses, una especie de sonrisa.

- ¿En serio? Eso sería mi salvación. Lo malo es... bueno, mi presupuesto no es demasiado alto, pero intentaré hacer un esfuerzo. Es un barrio obrero, ya lo ve. La cuota es baja, en cuanto la subo un poco se me van los clientes. Me llamo Héctor Zamiatin. Encantado.

- Héctor, interesante nombre. ¿Español?

- Nací en Cuba, mi padre trabajaba en La Habana por aquel entonces, de ahí el nombre. Pero soy ruso cien por cien. Cuando tenía cuatro años volvimos a Rusia. Apenas recuerdo Cuba.

- Soy Kirill. Mira, Héctor, creo que hemos tenido suerte los dos. Me ha encantado el lugar nada más verlo. Es un gimnasio de los de antes, tiene vida, alma. Es perfecto. Voy a trabajar aquí. Te prometo que no te arrepentirás -

dije pasando al tuteo-. Tengo mucho que enseñar en las artes marciales. De vez en cuando me pasaré también por la sala. Vamos a traer gente de todos los barrios.

- Joder, Kirill, entonces, ¿aceptas? Aún no te he dicho a cuánto asciende el salario. Es probable que salgas por la puerta en cuanto lo oigas.

- No lo quiero ni oír. No lo necesito. Pero sí necesito esto, disciplina y trabajo duro diario. De momento, no vas a pagarme nada. Te repito que no me hace falta.

- Es extraño... Ya entiendo, vienes de parte de Sasha Vrolov y sus hombres. Supongo que...

- ¿Qué dices, Héctor? No, no soy ningún *tejado* (en jerga, la protección que te otorga un grupo mafioso, previa extorsión monetaria). Al contrario. No trabajo para nadie. He abandonado hace poco el ejército. Estoy buscando empleo, amigo. Del dinero te digo que no te preocupes. Habrá dinero pronto. Y mucho. Pero ahora tranquilo.

- Verás, Kirill, me están abrasando. No soy un tío que tenga miedo, pero tengo familia, mujer e hija pequeña. Tengo a esa chica de la entrada, Stanislava, que es mi prima. Quieren la mitad de mis ingresos, cuando la verdad es que entre el alquiler y demás, me llega justo para vivir. Por eso ahora estoy sin monitores, no puedo con todo.

- He venido al lugar preciso, entonces. Te ayudaré con esos moñas, no te preocupes de nada. Esta mafia de ahora no es como la de antes, les faltan cojones y les sobran armas y humos. Se los bajaremos. Voy a estar aquí cuando vuelvan, si me lo permites.

- Yo... no sé ni qué decirte. Si fuera creyente, diría que ha bajado un ángel a salvarme -dijo Héctor con los ojos como platos.

- Un ángel, sí, pero un ángel de la muerte, para algunos. Lo importante ahora es el gimnasio. Mira, es pronto, voy a ir a comprarme una ropa adecuada, un chándal y unas zapatillas y empiezo hoy mismo. Dime, qué disciplinas de artes marciales tenías antes.

- Yo enseño *judo*, pero antes tenía también tae-kwon-do y boxeo. Venía un boxeador muy bueno, que fue campeón de Rusia y subcampeón de Europa dos veces. Pero me pedía cada vez más pasta y no pudimos seguir.

- *Bez bazara.* Vamos a seguir con todo. Tú judo y yo lo demás. Habrá también clases especiales de defensa personal. Mi propio estilo. Te gustará. Yo te enseñaré. No creo que haya nadie en Moscú ahora mismo que enseñe esto. Pero esas clases especiales serán nuestro negocio. Clases muy caras, para ricos. Tengo algunos contactos y creo que podré traer a un pequeño grupo para empezar. Cada uno pagará 500 dólares por una sesión de dos horas.

- Joder, Kirill, gracias por haber entrado aquí. Me estás salvando la vida, en serio. No te lo imaginas.

- Al contrario, Héctor. Tú aún no entiendes cómo necesito yo esto, un trabajo digno y bueno, tranquilo, en este lugar. Me ayudas tú a mí mucho más que yo a ti, hazme caso -reliqué, sintiéndome al fin como un ser humano.

CAPÍTULO 4

Aquel mismo día comencé a trabajar en el gimnasio *Orly* (Águilas en ruso).

Me hice con la sala rápido, motivé a varios vaguetes que pululaban por allí, diciéndoles que no estaban las cosas como para tirar el dinero de la cuota. Si querían hablar, solo en los descansos entre series, porque un ambiente relajado se contagia al resto. Ese iba a ser pronto el mejor gimnasio de todo Moscú.

En dos semanas se apuntaron veinte nuevas personas. Contratamos a una espectacular chica para las clases de *fitness*, que trabajaba también de modelo, para que los hombres se motivaran mirándola. Alguno incluso se apuntó a las clases para verle mejor el culo sin tener que disimular.

Héctor consiguió más alumnos para judo y yo daba taekwondo, boxeo clásico, *muay-thay* y, por supuesto, mis clases especiales de defensa personal y lucha libre. Teníamos a diez millonarios que venían fielmente dos veces a la semana.

Dos de ellos acudían en persona y practicaban; los otros ocho pagaban las clases a sus escoltas. Era una buena inversión, sin duda, pero no es bueno depender de que te salve la vida otro, por muy leal que pienses que va a ser hacia ti.

* * * *

-Kirill, esto es para ti, amigo - me dijo Héctor entregándome una pequeña caja cuando llevaba varios días trabajando allí.

- ¿Qué haces, Héctor? No tienes que regalarme nada, amigo. Estoy feliz aquí, lo sabes, me estoy curando de mis fantasmas.

- Kirill, es un regalo especial, y no voy a aceptar un no por respuesta. No aceptas sueldo, sé que no lo vas a aceptar. De acuerdo, lo entiendo. Pero esto me lo vas a aceptar si me respetas y no deseas ofenderme.

Lo abrí. Era un reloj de bolsillo muy antiguo, fabricado en Cuba. La marca

era desconocida para mí: *Cuervo y Sobrinos*. Después supe que son relojes caros y muy prestigiosos fabricados artesanalmente en Cuba.

- Mi padre me lo regaló cuando cumplí dieciocho años. Es lo más especial que tengo. Por eso quiero que sea para ti, Kirill. Te lo doy de corazón. Es muy antiguo, del siglo XIX, de cuando Cuba aún pertenecía a España.

- *Bliad*, Héctor, no sé ni qué decir. Muchas gracias. Lo guardaré como lo que es, un tesoro. Gracias, amigo -dije, abrazándolo. Ni siquiera recordaba cuándo abracé a otro hombre por última vez. Supongo que Arkády, el general, quiso hacerlo cuando nos despedimos, pero mi maldita mirada debió de impedirselo. Se quedó a medio camino.

- El gimnasio es otro, Kirill. No digo que fuera mal, pero era uno más. Ahora es una especie de santuario. Cada día me llama gente interesada por nuestro programa. Stas no da abasto, vamos a tener que contratar a otra chica. ¿Qué opinas?

- Sin duda, Héctor. Y esto va a ir a más. Por lo tanto, ya están tardando los moños en venir. Uno de estos días nos harán la esperada visita que estoy anhelando.

- No hay duda. Si vinieron cuando funcionaba a medio gas, imagina ahora. Habrá que darles una parte, para que nos dejen tranquilos -dijo Héctor.

- Déjamelos a mí, Héctor. Esas niñitas de pecho necesitan una lección, para que dejen en paz a las personas decentes.

* * * *

El gimnasio *Orly* iba como un tiro. No cabía un solo cliente más. Todas las clases estaban al completo. Le dije a Héctor que así estaba bien, no se podía aceptar ya más gente. Entraba el suficiente dinero para él y su familia. Él quería arreglar un poco las paredes, pintar, quitar desconchones, sanear un poco la sala. Le dije que ni se le ocurriera. El gimnasio estaba perfecto así, pues ya iban quedando pocos de los de antes.

- Aquí tenemos calidad, Héctor, no lo olvides. La gente entrena a tope, hay un ambiente excelente. Los luchadores están motivados y aprenden rápido.

Nadie se salta una sola clase. ¿Qué más quieres? No se te ocurra cortar ahora esto por unos toques estéticos. No lo necesita.

A mediados de junio aparecieron las nenas. Cuatro tíos con traje de Armani aparecieron de repente en la sala de pesas. Yo estaba acabando mi clase de boxeo con un grupo de seis alumnos. Le pedí a Héctor decirles que esperaran. Se negaban a esperar. Héctor daba judo en la sala de al lado. Salí yo a hablar.

- Señores, estamos dando clase ahora. Si son tan amables, espérennos en la entrada, hay un diván grande. Dentro de diez minutos acabamos -dije dirigiéndome a ellos.

- No estamos acostumbrados a esperar a nadie, caballeros -me dijo el que parecía el cabecilla, una mierda chulesca, disfrazado de italiano hortera, pero sin la gracia de los del Lazio para llevar la ropa. Era Sasha Vrolov.

- No es mal día para aprender a esperar, entonces -dije, dejándolos allí, sin más explicaciones. Una mirada bastó para que se fueran al diván los cuatro, sin rechistar.

Un cuarto de hora después estábamos Héctor, ellos y yo en el pequeño despacho del gimnasio. Casi no cabíamos los seis allí. Todos nosotros éramos musculosos y altos.

- Bien, señores, ustedes dirán -dije, llevando el peso de la charla.

- ¿Quién eres tú, boxeador? -preguntó el que desconocía las esperas.

- Eso no importa. He preguntado yo primero qué queréis -repliqué pasando al tú, como hizo él.

- Venimos a hablar con el dueño del gimnasio, el señor Zamiatin, aquí presente.

- Soy su abogado, además de instructor de boxeo -agregué.

- De acuerdo, así será mejor. Hace unas semanas hablamos con Zamiatin. Entonces, ¿acepta la propuesta? Parece que el gimnasio ha ido a más. Necesitará protección -dijo Vrolov, el único que hablaba, mirando a Héctor.

- Como abogado, estoy ansioso de oír también esa propuesta. Héctor no me ha contado nada. Ignoro de qué va todo este asunto, pero me huele mal. De hecho, oléis físicamente mal, niñas -dije con un gesto de asco, arrugando la nariz y afilando la mirada, recuperando mis días de la *VDV*.

Los cuatro se pusieron en guardia. No esperaban ni de casualidad palabras como aquellas. Dos de ellos se tantearon la pechera, tocando sus armas, pero sin sacarlas.

- Para ser abogado, tienes poco respeto, boxeador.

- Seré, quizá, un irrespetuoso abogado, entonces. Estoy esperando esa propuesta. En qué consiste, de qué se trata.

- Queremos proteger a Héctor y a este interesante local, que parece que va a ir claramente a más. Es posible que el culpable de este cambio seas tú, abogaducho. Se te ve muy lenguaraz.

- Héctor, tenemos mucho trabajo y estos moñas no van a hablar nunca. Venga, vámonos -dije cogiendo a Héctor del hombro y llevándomelo de la habitación.

Salimos, cerré la puerta y le dije que era mejor que no viera más por el momento. Quiso protestar, pero un leve movimiento de izquierda a derecha de mi cabeza, fue suficiente.

- Sigue con las clases, amigo. No ocurre nada, no te preocupes. Estoy aquí para ayudarte. Acabo rápido. Después hablamos.

Volví a entrar al despacho yo solo.

- Bueno, mierdas. Ahora ya en serio, joder. ¿Qué puto asunto os ha traído aquí? Tenéis quince segundos para exponerlo de manera sucinta -dije más con la mirada que con las sílabas.

Empezaron a dudar y uno de ellos sudaba por la frente. Se le habían quedado cuatro gruesas gotas de sudor allí.

- Queremos, como decía cuando me interrumpiste, proteger bien a Héctor y al local de desaprensivos. Con nosotros podrá trabajar tranquilo y sin preocupaciones de robos u otras molestias.

- De acuerdo, protegedlo entonces. ¿Vais a montar guardia fuera, apostados en coches o estaréis en las salas vigilando a los peligrosísimos clientes? - pregunté, con tono ingenuo.

- El cómo es cosa nuestra.

- Bien, proteged, proteged, si tanto os preocupa este gimnasio. Nadie os lo impide. Y ahora, si sois tan amables, tengo mucho trabajo aquí. No puedo

perder más el tiempo.

- La propuesta es clara. Un 30% de los ingresos mensuales y aquí todos contentos.

- Me temo que Héctor no estaría contento. Y a mí, con franqueza, esa propuesta me sienta peor que una patada en los huevos con botas de punta de acero. Si queréis protegernos, ¿por qué hay que pagaros? Nadie ha pedido protección aquí. No sois bienvenidos. Es la última vez que os digo que os larguéis de aquí. Venga, ¡a tomar por el culo ya mismo!

Las cosas se clarificaron mucho con la última frasecilla. Las *pipas* salieron a relucir en todo su metálico esplendor. Estaba aguardando desde el inicio de la charla. Los dos tíos de la derecha acabaron empotrados dentro del armario, debido a una aceptable patada doble trasera que les proporcioné tras apoyarme con los brazos sobre la mesa.

Aprovechando la vistosa maniobra, cual atleta de gimnasia deportiva en el potro, hice un molinete con ambas piernas que hicieron saltar las pistolas de las manos del jefecillo y del cuarto, el más grande de todos. Justo a por este último fui tras ponerme en pie sobre el suelo.

Él ya había sacado su arma, un precioso AK-47, una bayoneta de combate, que se puede poner al fusil más famoso del mundo, el *Kaláshnikov*. Conozco a la perfección el arma, los centímetros de su hoja y todas sus posibilidades. Solo hay que agarrarse al contrario en un *clinch* inteligente e ir volviéndole su muñeca, hasta que la hoja va entrando en el cuerpo del que la porta.

Así sucedió. Se la clavé en el muslo derecho. Gritó como un cochino, lo que me desagradó, ya que teníamos el gimnasio casi lleno. Los dos del armario estaban fuera de combate y tardarían aún en despertar. Solo me quedaba el jefe, que dejé para el final ex profeso.

- Bueno, bueno, *gospodín Kríshev* (literalmente "señor Tejádez", en alusión a la palabra *tejado* que utilizan estas mafias). Las cosas no han salido, quizá, como esperabais -susurré, porque no me gusta levantar la voz cuando mi vida pende de un hilo.

El capo miraba su pistola, que estaba junto a la puerta, a unos cincuenta centímetros. Yo vi cómo la miraba. Era torpe y bastante lento calculando. Cualquier movimiento que hiciese para cogerla me otorgaba la posibilidad de reventarlo con cualquier golpe.

Y si no la cogía, la verdad es que también. Puse el pulgar de mi mano derecha sobre la nuez de su garganta y apreté, empujándolo contra la pared. A los cinco segundos, estaba sin aliento. Aflojé un poco la presión del pulgar para que me contara cosillas.

- Estás muerto, pelele -alcanzó a decirme entre sofocos.

- No, hay que ser riguroso con el lenguaje, niña. Estoy vivo. Cuando muera, que puede ser pronto, por qué no, estaré muerto. Pero ahora ¿no ves que estoy vivo y tu vida depende de mi humor? No me gustan las frases chulas en situaciones desesperadas. Haz algo para que esté muerto ahora o, si no, calla.

Entonces, le hundí la rodilla en los cojones. No llevaba coquilla y se terminó derrumbando. Antes de caer se llevó un gancho de derecha y un directo de izquierda que le abrieron una ceja y le saltaron dos dientes.

Recogí todas sus armas, que me quedé como recuerdo, ni que decir tiene, y los cacheé a fondo. Llevaban todos cuchillos y machetes de combate. Minipistolas en los tobillos y diversos *sprays* de pimienta. Esperé unos minutos a que se repusieran y los acompañé, con amabilidad, por qué no reconocerlo, a la salida.

Los clientes del gimnasio no perdieron detalle. Sabían qué ocurría y estaban con la boca abierta. Héctor salió conmigo a la calle. Ya en la acera, los cuatro, medio noqueados todavía, buscaron su coche, que estaba en la acera de enfrente.

- El cochecito de bebés lo tenéis enfrente, niñas. Tened cuidado y mirad bien a derecha e izquierda al cruzar la calle, ¿de acuerdo? Ha sido un placer hablar de negocios con vosotros, pero os lo diré solo una vez. No os planteéis volver por aquí porque desearéis no haber venido a este mundo. Os desollaré vivos uno a uno, os arrancaré la piel a tiras y me haré un buen abrigo con ella. Lo que vendrá después lo dejo a vuestra fértil imaginación. *Idite ná jui!!*

CAPÍTULO 5

Todo iba bien. Mi vida había mejorado considerablemente. La heroína ni la probaba, y el alcohol solo de vez en cuando, cuando salía con Héctor a hablar un poco. Cada día me levantaba temprano a correr por los bosques de Barvija, volvía a casa, me duchaba, desayunaba fuerte y me iba al gimnasio.

Por la mañana tenía pocas clases de artes marciales, pero había bastantes señoras y chicas que pasaban por la sala de máquinas antes de la clase de *fitness*. Un día, mientras recogía los petos de combate, coquillas y cascos de mis alumnos de taekwondo tras terminar la clase, se me acercó Héctor.

- Kirill, una cliente quiere venir cada día, de lunes a viernes, a hacer un circuito de musculación con preparador personal. Tendrás que estar con ella de once a doce. Yo puedo encargarme del resto de la sala durante esa hora. Ella ha insistido en que fueras tú el monitor. Está en la sala ahora. Puedes conocerla y ver si te apetece.

Salimos a la sala de pesas y máquinas y ahí estaba ella. Una chica de unos veinte años de edad, en chándal gris con capucha, rubia, con ojos verdes más grandes que los de los dibujos japoneses me estaba esperando. Preciosa, llamativa, frágil y peligrosa a un tiempo.

- Buenos días, señorita -dije tendiéndole la mano.

- Buenos días, Kirill -contestó, mirándome con demasiada atención-. Me llamo Estefanía y quiero ponerme en forma gracias a su ayuda. Un vecino mío entrena aquí y me ha dicho que gracias a usted se ha puesto como un toro en solo tres meses. Parece que sabe usted lo que hace.

- Algo entiendo de este mundo, sí. Bueno, antes de nada, fijemos objetivos. ¿Qué considera usted ponerse en forma? No aprecio grasa en su cuerpo, a no ser que quiera adquirir fuerza y tonificar los músculos en general.

- Quiero que usted me enseñe a trabajar mi cuerpo, de momento con eso me conformo.

Dicho esto, se quedó mirándome a los ojos. Vi pureza en su mirada, inocencia. Era como un cervatillo. La clásica beldad rusa de grandes ojos, piel blanca y fina, pero con un corazón poderoso bajo esa capa de inocencia. Saltaron las alarmas. Empecé a oír sirenas de todo tipo avisándome, pero la

naturaleza es fuerte y sabia. No lo dudé un segundo y dije:

- Pues empezamos de inmediato si está usted con tantas ganas.

- Perfecto. Estoy lista.

Le diseñé un circuito teniendo en cuenta su fuerza y elasticidad. No había practicado mucho deporte en su vida y quería cambiar eso. Fuimos de máquina en máquina y le enseñé a manejarlas bien, a ir incrementando el peso muy poco a poco, de manera progresiva e inteligente. Antes de empezar el circuito, le enseñé a hacer estiramientos.

- Estefanía, es fundamental estirar antes de practicar ejercicio físico. No quiero que empiece usted a entrenar sin haber antes calentado bien todos los músculos.

- A sus órdenes, señor -dijo.

Estefanía acudía a diario al *Orly*. Empezamos suave. Le enseñé qué músculos en concreto trabaja cada máquina y por qué es muy útil trabajar bien y tener muy fuertes los músculos de los hombros, llamados deltoides. La chica sabe latín y griego y entendió la lógica del nombre.

- Claro, como el delta, un triángulo, tres partes. Este músculo ha de tener, por tanto, tres cabezas. ¿Acierto?

- ¡Bingo! En efecto, tiene tres: la cabeza delantera, que ayuda a subir los brazos hacia arriba, delante de los ojos, la lateral, cuando los subimos hacia la derecha o izquierda, y la cabeza trasera, más pequeña y débil, cuando echamos los brazos hacia atrás y hacia arriba a la vez.

Es una chica muy lista que aprende todo al vuelo. El ejercicio lo ve como algo interesante en su vida, pero no es una deportista nata. Su cara es una de las más bellas que he visto en Rusia, y cuántas caras preciosas habré visto en mi vida en este inmenso país.

Pero no es una belleza de muñeca, sino clásica, fina, original. No me recuerda a nadie, no tiene parecido ni con eslavas, ni con nórdicas escandinavas, ni con tártaras, ni con ucranianas de sangre cosaca muy mezclada. Es una cara muy original. Me atrajo desde el primer minuto.

Cada día esperaba como un crío que llegasen las once de la mañana. Y a las doce menos cinco se me empezaba a agriar un poco el humor porque se iría a la ducha y después a casa. No es difícil enamorarse de una mujer como ella.

Además de la belleza física, evidente para cualquiera, tiene un encanto personal, el gimnasio entero la adora.

La respetan mucho y no sufre acosos, quizá por verla a mi lado con frecuencia, pero creo que ella misma se hace respetar con su gran educación, su saber estar. Era el tipo de mujer que no pegaba en el gimnasio *Orly*. Había algo que no me cuadraba. Durante el primer mes de entrenamiento no me atreví a preguntarle a qué se dedicaba.

Las conversaciones eran exclusivamente acerca de las máquinas, movimientos, sensaciones, agujetas sufridas por tal o cual máquina, etc. Fue ella la que empezó con las preguntas mientras trabajaba los tríceps con una polea, bajo mi supervisión de postura y velocidad del movimiento.

- Dígame, Kirill, ¿usted es un luchador profesional? Lo digo porque algún día vengo un poco antes y observo desde lejos su clase de kárate, o lo que sea que practican ahí.

- Es taekwondo coreano, un arte marcial que inventó un militar surcoreano llamado Choi Hong Hi a partir de las técnicas clásicas del karate-do japonés.

- Parece muy peligroso y espectacular, con tantos saltos, patadas con volteretas y todo eso. Da miedo, la verdad.

- Es muy estético, sin duda, es útil y muy práctico para estar en forma, pero no todos pueden tener mucha velocidad con las piernas. La gente muy voluminosa tiene menos posibilidades. En mi opinión no es el arte marcial más completa, pero es muy interesante y difícil. Y no, no soy luchador profesional.

En antebrazos y hombros tengo varios tatuajes de mi época más imbécil, la de los diecisiete y dieciocho años. Estefanía solía mirármelos con curiosidad. Los de los hombros solo se me veían en las clases de boxeo, que solía dar con el torso desnudo. No me gusta ir en camiseta de tirantes por el gimnasio, pese a que tengo un cuerpo que puede ser lucido sin problemas. Suelo ir con chándal o con camiseta de mangas hasta el codo.

No me gusta exhibir el cuerpo. En el gimnasio no tengo problema con todos los que van exhibiendo músculo, porque para eso es, para eso pagan. Otra cosa es que por las calles, en el autobús, en el metro, haya que soportar las sudadas axilas de tipos que por tener los músculos hipertrofiados ya se creen con derecho a ponérselos a todos delante de la nariz.

Tardé unos días, no sé cuántos, es difícil saberlo, en entender que me estaba enamorando de Estefanía. Nada ni nadie podía remediar eso. Mi amor por ella era como un alud de montaña. Empezaron siendo algunas bolas de nieve que comenzaron a rodar por la ladera, creciendo y creciendo, hasta que se había convertido en una imparable montaña blanca que podría arrollar mi vida toda.

Ella venía al gimnasio vestida con chándal, a menudo el gris de la capucha del primer día, o con otro amarillo, sobre camisetas siempre blancas. Yo le hablaba, le enseñaba, le daba instrucciones, pero después ni me acordaba de lo que había dicho. Solo podía recordar sus ojos y la sonrisa que dibujaban sus labios cuando aprendía algo nuevo.

Estefanía decidió un día que quería aprender defensa personal, esas clases particulares tan especiales de las que tanto se hablaba y que costaba, cada una de ellas, 500 dólares por persona.

- Jamás he enseñado mis técnicas a una mujer. No digo que no se pueda, al contrario. A las mujeres os sería utilísimo para evitar ataques, violaciones o cualquier otra amenaza. Lo que pasa es que estas clases, bueno...

- Kirill, tranquilo, sé lo que cuestan. He hablado ya con Héctor. Él me ha dicho que haremos lo que usted diga. He pagado por anticipado la primera clase. Estaré con todos esos hombretones que vienen, ¿por qué no? Será interesante.

- De acuerdo, probemos. Es usted valiente, no lo niego. Mañana hay clase a las cinco de la tarde. La espero aquí.

Estefanía no había practicado nunca artes marciales y le costó bastante entender la dinámica de mis explicaciones, pues todos los alumnos eran o expertos en algún tipo de lucha o al menos se habían estado peleando en la calle durante toda la vida.

Mis alumnos no se atrevieron a decir nada, pero no terminaban de entender qué pintaba entre ellos aquel bellezón. Ella preguntaba todo el tiempo y no le importaba reconocer que era torpe y que no sabía nada. Por eso aprendió mucho.

Aprendió tanto que en la cuarta clase consiguió anticiparse al ataque con un cuchillo de plástico de mi alumno Marat, haciendo que éste cayera al suelo, ante los aplausos de los otros nueve. Acabaron aceptando a Estefanía. Esta

mujer se gana a todo el mundo con su cortesía extrema, su modestia, su humildad, su inteligencia, su respeto por todos. Y, sobre todo, con su sonrisa encantadora.

Debido a mi salvaje existencia, no me atrevía a pedirle una cita. Pasaban los días y la perspectiva me asustaba. Por primera vez sentí miedo. Tenía miedo a declararle lo que sentía, temía su rechazo más que a la muerte en el hoyo, metido en un agujero en la selva, devorado por las hormigas.

Ella continuaba acudiendo a todas las clases y seguía mirándome con aquellos ojos suyos de gacela inocente.

En el caso de que me quisiera acompañar a tomar un té a cualquier cafetería, ¿qué ocurriría después? De qué hablar, ¿de la historia de mi vida? De los cientos de muertos en combates como mercenario profesional, de los cientos de muertos como soldado oficial, del reguero de heridos que he ido sembrando a lo largo de mi intensa vida... O de mi inducida adicción a la heroína —aunque fuera en pequeñas dosis— para soportar las interminables y agotadoras sesiones físicas a que nos sometían los mandos sin piedad.

Tuvo que ser ella la que diera el paso, supongo que cansada de esperar una cita que no llegaba jamás.

- Kirill -me preguntó un jueves por la tarde después de una clase de lucha particularmente intensa-, ¿le apetecería tomar algo conmigo el sábado por la tarde?

Ante la pregunta tan directa me quedé de piedra. En primer lugar, era vergonzoso que la mujer hubiera tenido que dar el paso. En segundo lugar, no me esperaba que sucediese así; y en tercer y último lugar, no sabía cómo decirle que no. No pude decir ese NO porque me moría de ganas por estar con ella fuera del ambiente del gimnasio, conocerla de verdad, intimar un poco, escucharla.

- Sí, me apetece, Estefanía. Los sábados tengo ahora unos cursos nuevos de boxeo tailandés, y acabo un poco tarde, a las diez. Si no le parece muy tarde, podemos quedar hacia las diez y media por aquí cerca.

- Hay un restaurante uzbeko buenísimo a cinco minutos de aquí. Cierra a las doce, así que tendremos tiempo -dijo ella sonriendo, un poco coqueta.

- Entonces, hasta el sábado, señorita.

Así me despedí, pues ya entraba el grupo de taekwondo y no podía entretenerme más.

CAPÍTULO 6

El restaurante uzbeko se llamaba *Samarkanda*; en efecto, el nombre no es demasiado original. Llegué cinco minutos antes de la hora. Estefanía ya estaba allí, sentada a una mesa, mirando el menú.

-Buenas noches, Estefanía.

-Buenas noches, Kirill. Ha conseguido venir muy rápido. Si casi acaba de terminar la clase.

- Bueno, aprendí a ser rápido en todo. Quizá demasiado, en algún sentido. Pero para las citas está bien, jamás me retraso. ¿Por qué no nos tuteamos? Llevamos demasiado con el usted. Hoy se me hace raro.

- Estaba deseando deshacerme de él, pero no me atrevía a proponerlo - reconoció.

- Perfecto, entonces.

Aquella noche había bailarinas uzbekas que salían de vez en cuando a hacer una danza similar a la del vientre, pero más fina. Yo apenas les presté atención, pero no por tener una mujer delante, sino porque Estefanía atraía toda mi atención. Yo era una polilla y ella una lámpara en la noche. Durante toda la tarde había sentido un hambre lobuna, pero en el restaurante comí muy poco.

- Kirill, me gustas. Sé que puedes tardar en decirme lo que sientes. No eres un tío como los demás. Eso se ve a simple vista. En el gimnasio los hombres te idolatran y las mujeres, bueno, no sé si todas, pero creo que muchas estamos enamoradas de ti, de tu fuerza inagotable, de tu energía, de tu buen trato a los más débiles, de cómo detienes a los engreídos y los humillas a la mínima, haciéndoles cambiar de actitud.

>>Pero creo que no quieres hablar de ti, por eso no voy a preguntarte. Mira, me moría de ganas por cenar contigo, o por dar un paseo y estar andando a tu lado, nada más, sin palabras, sin compromisos. Me tienes hechizada. Habría seguido viniendo a mover esas aburridas máquinas toda mi vida siempre que hubieras sido tú el monitor.

>>Reconozco que me siento muy bien físicamente, mejor que antes, pero las máquinas, sin ti, serían muy aburridas. Pero tú me cuentas secretos,

truquillos, me observas... Cómo me gusta que me mires mientras entreno.

- Eres una chica con mucha clase para este barrio obrero, de inmigrantes. Desde el primer día me extrañó tu presencia aquí, aunque estoy feliz de que, sea por el motivo que sea, estés en el *Orly*.

- En realidad, Kirill, te he buscado desde que te vi pelear. No puedo ocultártelo más. Vi tu pelea contra James Fox en aquel puente. Yo salía de cenar con unas amigas y me dijeron que íbamos a ver un espectáculo especial, pero no quisieron decirme cuál. Y me encontré con dos hombres frente a frente, con cientos de personas alrededor gritando.

El corazón se me volvió a convertir en granito. Me cambió el gesto, los ojos volvieron a echar fuego. Regresé al pasado, a lo peor de mi pasado. En un instante, como un latigazo.

- Así que por eso estás aquí. Has venido por interés antropológico, para analizar a este espécimen de orangután que se dedica a aplastar narices y rodillas. Ahora lo entiendo. Te agradezco, de todas formas, tu sinceridad. Bueno, Estefanía, ahora me marcho -dije levantándome de la silla y poniendo bajo el menú un par de billetes rojos de cinco mil rublos.

Ella se levantó como un resorte tras de mí.

- ¡Espera, Kirill, por Dios, espera, no te vayas así! He querido ser sincera desde el primer momento.

- Si ya sabías que he luchado en la calle, ¿por qué me lo preguntaste aquel día en el gimnasio? -pregunté ya en la calle.

- Eso fue un error grave, lo reconozco. Tenía que haberte dicho aquel día lo que te he contado ahora. Pero sigue siendo la verdad. Jamás había visto una pelea callejera. Me aterrorizó. Pero tu mirada me atrajo irresistiblemente. Esa mirada que bajaba la de los otros hombres me hizo sentirme a mí mujer. Entendí que tenía que conocerte costara lo que costara. Y así lo hice.

>>>Localicé a Shamil y le pregunté por ti, cómo y dónde encontrarte. No supo decirme nada porque cuando encontré a Shamil, ya habías tenido la pelea con el chechenio. Me contó que ya nadie se atrevía a luchar contra ti. Que habías desaparecido y que él no tiene tu teléfono ni ningún dato tuyo, que quedabais en un lugar cada vez que querías decirnos algo.

- Buenas noches, Estefanía. Eres libre de seguir yendo al gimnasio, no soy

quién para prohibirte nada. Pero no seré yo quien te enseñe nada a partir de ahora. No conmigo.

La miré con esos ojos que, supongo, tanto le gustaban y empecé a andar. Ella se quedó allí, de pie, sin moverse. No se atrevió a seguirme. Fue una buena decisión por su parte.

Me sentí como un animal de circo. Pero ¿de quién era la culpa realmente? Yo acepté aquellas peleas, que solo fueron siete, porque me daba todo igual. Eso fue antes de asentar mi vida en el gimnasio de Héctor. Pero lo hice, y solo yo soy el responsable.

No sé por qué me fui y la dejé allí plantada. Tampoco me había mentido. Quería conocerme y consiguió localizarme, aunque no me había dicho cómo. Era valiente y decidida. Y yo un cobarde, asustado de mí mismo, de mi pasado, de la esencia de lo que soy.

Los domingos descanso, así que anduve toda la noche por las calles de Moscú. Llegué andando hasta el centro. Paseé por la Plaza Roja y desde allí contemplé el alba. El cielo estaba despejado y disfruté de un bello amanecer. Decidí no pensar más en Estefanía, cogí un taxi a las ocho de la mañana y me fui a dormir a mi casa de Barvija, entre oligarcas. Quizá Estefanía viviera cerca; no era improbable.

* * * *

El domingo dormí casi todo el día. Mi cuerpo necesitaba un buen descanso, pero dormí para no sufrir más, para no tener que sentir, para evitar mirarme a mí mismo, una vez más.

El lunes me levanté con fuerzas, pensando que sería fácil olvidar a esa chica de ojos verdes grandes como platos.

Llegué al gimnasio a primera hora, listo para una buena sesión de boxeo con soldados retirados de cincuenta y sesenta años. Era un grupo duro, me encantaba. Nos dábamos de hostias como si no hubiera mañana. Les encantaba atizarse conmigo. Tenían aún potencia, ganas, y me respetaban. No hacían preguntas. Mi grupo favorito.

Héctor me saludó y me preguntó por la cita con Estefanía. El sábado, al salir, le conté que había quedado con ella.

- No demasiado bien, Héctor, amigo. Para qué te voy a decir lo contrario. Apenas hubo cita. Un desastre, estimado compañero. Bueno, voy a empezar la clase.

- No te preocupes, Kirill. Con las mujeres, a veces, al principio, es difícil. Mira, hay una carta para ti. La ha traído un chófer hará cuestión de quince minutos. Al principio pensé que era del grupo mafioso, pero ahora creo que sé de quién es -confesó, con una leve sonrisa que quería transmitirme ánimo, amistad y mucho más.

- Gracias, Héctor. Si es de ella, la leeré por la tarde, cuando termine todas las clases. No quiero que me afecte -dije.

Miré el remitente y vi una sola letra seguida de un punto. La letra era, por supuesto, una E.

Leí la carta en casa, ya de noche, después de cenar. A pesar de que estaba loco por leerla, en el ejército aprendí no solo disciplina, sino a aplazar la ansiedad de los sentidos, a dormirla, a no agobiarme. También nos enseñan cosas positivas.

Me tumbé en la cama para leer la carta. Abrí el sobre con muchos nervios, rompiéndolo por todas partes; menos mal que no llegué a rasgar las hojas de dentro. Los cuatro folios olían levemente a lavanda o a algo similar. Ese olor se me ha quedado grabado en el cerebro. Cuando quiero recordar a Estefanía, lo rescato de mi mente, sintiéndola a ella.

Querido Kirill:

No me atrevo a ir al gimnasio después de haberte disgustado tanto. Por eso, he decidido que quizá sea mejor, de momento, escribirte esta nota.

No pretendía enfadarte ni que te sintieras mal. Supongo que aquel asunto de las peleas no era lo que querías hacer, eso es obvio. Las razones para hacerlo son solo tuyas y jamás te preguntaré por ello, aunque tuviera curiosidad. Solo quise ser franca desde el principio. No podía guardarme dentro cómo te conocí, ¿me comprendes? Te conocí así, pero gracias a eso ahora hemos podido tratarnos y estas semanas a tu lado han sido las mejores de mi vida, de verdad.

Estoy enamorada de ti y ni tus enfados ni mis dudas ni nada cambiarán eso. Es un hecho. Me gustaría pensar que tú también sientes algo por mí, aunque es posible que de otra forma, no tan fuerte. O quizá sí, e incluso más. Pero no lo sé, porque no tuve tiempo de saberlo. Te fuiste y mi corazón se resquebrajó, pero tengo esperanza de que quieras verme por última vez.

Si no sientes nada por mí, es evidente que esto es absurdo y que no nos veremos más. Pero, mi querido Kirill, si sientes algo, voy a esperar a que se te pase lo que sea que te ocurre. Porque siento que eres el hombre de mi vida. Lo he encontrado, y no voy a renunciar a él tan fácilmente.

Esto era lo importante, y lo he escrito en primer lugar. Ahora, por si te interesa, te cuento algo sobre mí.

No, no soy del barrio. Vivo a las afueras de Moscú, en Rubliovka. Mi familia es millonaria, como supongo que habrás adivinado desde que me apunté a tus clases de artes marciales. Estudié en Londres, pero no me gustaba la vida de occidente y decidí, hace dos años, volver a Moscú, aunque mi padre soñaba con que estudiara en la prestigiosa Escuela de Negocios de allí.

Al final, estudié Derecho y Administración de Empresas en la MGU (Universidad Estatal de Moscú, la más prestigiosa de Rusia) para contentar a mi padre. En junio acabé mis estudios. No sabía qué hacer con mi vida. Tengo veintiún años, en diciembre cumpliré veintidós.

Mi padre ya me ha buscado un buen puesto en una importante empresa internacional. Ni siquiera tendré que trabajar mucho. No me interesa esta vida, Kirill. Me interesas tú, aunque no lo creas. Nada hay más importante que tú ahora. No suelo llorar, pero llevo llorando desde que te fuiste, andando de aquella manera. Parecías roto.

Siento que he cometido una estupidez, aunque no sé por qué, supongo que lo hice todo mal. Quería que me conocieras, que te interesaras por mí, pero tú piensas que te he engañado y que, como muchos hombres susceptibles, que te he tomado el pelo. Pero en absoluto es así. Soy una cría aún, lo sé. Reconozco siempre mis errores, no soy demasiado orgullosa, aunque tengo mi carácter.

Tuve un novio en Londres, un inglés, un buen chico, descendiente de aristócratas. Era tan aburrido... Duré con él menos de un año. Salía con otra chica, pero me dio igual; no era, nunca lo sentí, el hombre de mi vida. No he

estado con más chicos nunca. Mis amigas dicen que soy una mojigata, pero es que no me gusta nadie, veo a todos tan superficiales, tan egoístas, no sé. Son como niños grandes.

En cambio, tú eres un hombre, Kirill. Lo reconozcan o no, el hombre con el que todas las mujeres soñamos. Fuerte como un toro, valiente, apasionado, dulce con las mujeres, educado. Y guapo, guapo como un dios griego. Te conozco. No me importa lo que hayas hecho, tendrías tus motivos.

Intuyo que tu vida ha sido muy difícil, puedo sentirlo, aunque ignoro en qué sentido lo ha sido porque no sé nada de ti. Pero eres bueno, tienes un fondo bueno, a mí no puedes engañarme en ese sentido. Tengo un sensor para las personas bondadosas. Tú eres una de ellas, aunque puedas llegar a ser terrible por algún motivo que ignoro.

Me enteré finalmente de dónde estabas gracias a Sasha, un amigo de mi padre. Ha apuntado a su chófer a sus clases y está encantado contigo. Un día, mientras él bebía con mi padre en el jardín, le oí hablar de un profesor espectacular que enseña a anticiparse al enemigo con una extraña técnica.

También alcancé a oír que ese hombre había luchado en peleas callejeras, venciendo a todos los rivales de tal forma que ya nadie se atrevía a luchar contra él. Entonces supe que tenías que ser tú, el del puente. El hombre de la mirada penetrante, del gesto terrible y duro. Te había encontrado.

Al día siguiente me apunté al gimnasio y pedí a Héctor que fueras mi instructor en la sala de máquinas. Lo demás ya lo sabes. De momento, te diré solo que temblaba cuando saliste para hablar conmigo. El corazón me latía a mil pulsaciones por minuto. Creí que me daba un ataque o algo. ¡Qué nervios! ¡Qué horror!

Me gustó mucho intentar aprender tu técnica, aunque parece que no he hecho grandes progresos, pero estoy segura de que esas pocas clases me servirán siempre. Das tantísima información en tan poco tiempo... Sabes mucho de la vida, Kirill. Y yo nada. Por eso quiero estar contigo, para aprender de ti, además de para amarte siempre.

Nada más, Kirill. No te enfades conmigo, por favor. Yo quiero conocerte. Podemos no hablar de tu pasado, de nada. Pero dame una oportunidad. No te he hecho nada malo.

Si algún día te apetece escribirme, debajo está mi dirección.

p.s. No te preocupes por verme aparecer por el gimnasio. No voy a volver. No quiero molestarte en ningún sentido. Creo que ya he forzado las cosas demasiado. Es suficiente.

Leí la carta más de veinte veces. De hecho, me quedé dormido leyéndola.

El martes volví a leerla por la noche. Y el miércoles. También el jueves. Me la sabía de memoria, pero no podía escribir una respuesta. Cogí al fin un bolígrafo y un papel el viernes por la mañana, pero todo fue inútil. Joder, es que nunca había escrito una carta a una tía. Es así de triste.

Al final, esperé al domingo, mi día libre. Esto es lo que conseguí garabatear:

Estimada Estefanía:

Eres valiente. Es lo primero que quería decirte. Mi orgullo me habría impedido escribir la carta que tú escribiste. El orgullo suele ser una fachada de cobardía o, en otros casos, la mejor excusa para no reconocer los errores propios.

Claro que no me has hecho nada malo. Al contrario, poco a poco me has ido devolviendo a la vida. Yo estaba muerto, ¿sabes? Mi corazón latía y todo eso, comía y bebía, podía andar, saltar o machacar caretos en aquellas peleas clandestinas. Pero todo daba igual. No me sentía vivo. No sé cuándo morí en vida, pero así fue.

La última pelea, con un chechenio, fue a muerte. Él así lo decidió, que a muerte o nada. Y no lo hice por matar, al contrario, no lo deseaba, sino para ver si él conseguía matarme a mí. Así estaba yo hace poco. Pero todo mi entrenamiento, mi técnica aprendida en mil luchas cuerpo a cuerpo, mi fortaleza, mi salvajismo cuando lucho, se impusieron y solo podía vencer. Era irremediable.

Aquel día nadie habría podido ganarme, porque luchaba sin miedo a morir, sin miedo a perder. Él tampoco lo tenía, pero tenía a su madre, esa pelea la hizo por ella. En algún momento su recuerdo acudiría a su mente y lo hizo perder. Milésimas de segundo, milímetros del cuerpo puestos mal, es difícil explicarlo, pero supe con certeza que él tenía algo que perder, y yo no. Eso marcó la diferencia.

Después, decidí dejar para siempre esa brutalidad. Conocí a Héctor y me

ofreció trabajo en su gimnasio. Después, llegaste tú. Bendigo el día que te conocí. Y bendigo y doy gracias a Dios, porque fue Él quien te envió, haberte conocido.

Dame tiempo, querida (ya he podido escribir la palabra). Contigo necesito un poco de tiempo. Una chica fina e inteligente como tú, culta y cosmopolita no pinta nada con un ex soldado de las fuerzas especiales como yo, embrutecido hasta la náusea, hastiado de todo, del mundo, de la condición del ser humano, de la realidad oscura de quienes nos gobiernan. Sé cosas que te harían maldecir al ser humano, pero mejor que no las sepas.

Tú eres pura, noble, buena, Estefanía. Aún estás a tiempo de olvidarte de mí. Yo no quiero que me olvides así como jamás podré olvidarte.

Siento haberme marchado así, pero no pude hacer otra cosa. Fue mejor así, para no ofenderte o decirte cosas que no sentía. A veces soy más una fiera sin sentimientos que un ser humano. Intento superarlo, pero tengo muchos fantasmas dentro.

Esperando que hayas entendido algo de todo este galimatías, se despide, con respeto y cariño,

Kirill

Hacia el mediodía llevé la carta en persona hasta la casa. Como me imaginaba, Estefanía vivía no lejos de Barvija, a dos kilómetros. Fui andando y entregué la carta al hombre de seguridad.

Me reconoció nada más verme.

- ¡¡Usted es Kirill!!

- ¿Cómo sabe mi nombre?

- Amigo, usted es famoso en toda Rusia. Los vídeos de sus peleas son los más vistos en youtube, ¿no lo sabía? La pelea en Chechenia, contra Anzor... bufff, no hay palabras. Muchas gente piensa que son montajes, jaja. Impresionante. Soy un admirador suyo. No se preocupe, ahora mismo hago llegar la carta a la señorita Estefanía.

- No me admire por eso, por favor. No hay nada que admirar ahí. Solo bestialidad y deshumanización. Me avergüenzo de esas peleas.

- Solo le pido -añadí-, que nadie más se entere de quién ha traído esta carta. ¿Tengo su palabra? Es muy importante.

- No se preocupe, Kirill. Sé guardar un secreto.

Me fui de allí cabizbajo, profundamente triste de ser conocido solo por cuatro peleas salvajes en un momento malo de mi vida, dejando al de seguridad pensativo. No esperaba esa respuesta por mi parte.

Estefanía me escribió ese mismo domingo. Antes de las tres, un mensajero me trajo su nota.

Queridísimo Kirill:

¡¡Estoy tan feliz de haber recibido, y tan pronto, una carta tuya!! No sabía si algún día recibiría algo o no. Mi corazón me decía que sí, pero la cabeza no sabía qué pensar. Hay que hacer más caso al corazón, por lo visto.

Nadie me había escrito nunca una carta tan sincera y emotiva como la tuya. Te escribo tras la vigésima lectura de la misma. Y las que me quedan. Voy a leerla, creo, toda la vida. Mi pobre Kirill, qué te han hecho. Parece que hubieras bajado al infierno. Estoy feliz por recibir la carta, pero también triste por darme cuenta de que has sufrido, de que no te querías a ti mismo, he entendido que te daba igual morir.

Aunque yo no creo que te diera igual. Podrías haberte relajado un poco con ese chechenio y todo habría acabado para ti, pero no lo hiciste porque querías, en el fondo, vivir. Tú quieres vivir, Kirill, pero aún no sabías para qué. Quizá te ayude saber que hay una persona que solo piensa en ti y que vive, desde ahora, para ti y nada más que para ti. Soy yo.

Nada más, Kirill. Acabo ya porque ahora salgo al Luxury Village (un centro comercial en el pueblo de Barvija para millonarios, con tiendas, restaurantes y concesionarios de coches, todo del más alto lujo), he reservado mesa para dos en el A.V.E.N.U.E.

Tienen un marisco fresco y excelente que traen a diario en aviones privados desde España, Francia y Grecia. Tengo hambre y voy a comer. Si te apetece, allí estaré. No estás obligado y no es una cita, pero te digo mis planes por si acaso se te pasa por la imaginación sorprenderme.

Con tu permiso, te envío un beso.

Siempre tuya,

Estefy

No solo fui, sino que, tras ducharme y afeitarme, volé hasta el restaurante que estaba a cinco minutos andando de mi casa.

Nos encontramos en la puerta, ella estaba hablando con el maitre sobre su reserva.

Al verme, empezó a reírse y me contagió. Al mismo tiempo, nos cogimos de la mano y fuimos así, agarrados, hasta la mesa. Era la primera vez que iba de la mano de una mujer. Nunca lo había soportado, pero con Estefy me parecía de lo más natural. A ella también.

Pidió ella sin fijarse apenas en la carta. Conocía el menú de memoria. Comimos mariscos, sopa de pescado y una original aunque un tanto extraña ensalada tropical recomendada por el chef que estaba francamente sabrosa.

Durante toda la comida, nos miramos y nos agarramos las manos, como dos adolescentes, como dos seres humanos que quieren descubrir el amor, sabiendo que puede existir, pero entendiendo que no lo habían experimentado hasta ese instante.

Comíamos y nos mirábamos. No necesitábamos más.

Pagué la cuenta cuando, a mitad del almuerzo, fue al servicio. Allí la conocían y habría sido complicado imponerme. Es difícil deshacerse de todos los viejos mitos y costumbres del pasado. En Rusia, el hombre paga aunque la chica sea la hija del oligarca más poderoso de la nación.

Después paseamos por los bosques de Barvija. La tarde era excelente, ideal para pasear con el amor de tu vida. Seguíamos de la mano. Si me vieran mis colegas del ejército, pensé... Qué coño me importaba ya lo que pensarán esos pobres tíos, destrozados moralmente, como yo, y con la capacidad para sentir casi anulada del todo. Máquinas de matar con un corazón muerto que seguía latiendo.

Acompañé a Estefanía hasta la verja de entrada de su urbanización, con las casetas de los guardas de seguridad, las cámaras, los espejos...

- Gracias, Kirill, muchas gracias por esta tarde maravillosa y mágica, la mejor de mi vida sin ninguna duda.

- Agradeces todo. Es bonito. Me gustaría poder hacerlo siempre. Pero me cuesta. Sabes que soy yo quien debe agradecerte a ti, aunque no te lo diga.

Nos quedamos allí, sin poder separarnos. Ella resolvió, una vez más, esa

encrucijada de indecisión que todavía me asolaba el alma.

- Si me esperas unos minutos, saco el coche y vamos a Moscú, a ver alguna película, aunque sea tonta, pero para estar juntos. Adonde sea.

- Estoy deseándolo. Aquí estaré, no tengas prisa, tranquila. Como si es una hora.

A los quince minutos escasos, un Bentley Continental GT V8, azul, reluciente, brillante, pasaba bajo la barrera y se paraba junto a mí.

- Caballero, ¿lo llevo a alguna parte?

- Pues sí, señorita. Al fin del mundo, si es tan amable.

* * * *

Estuvimos toda la tarde paseando por Moscú. Fuimos al cine en la calle Arbat. Era una película americana de cuyas escenas no sabemos nada pues no vimos ni un fotograma. Estuvimos mirándonos a los ojos, agarrándonos de la mano y, finalmente, me atreví a besarla, temeroso como un adolescente de catorce años que se enfrenta a su primer beso. Ese día fui feliz. Estefy me hacía feliz. Yo mismo, al haberle entregado mi corazón, le hacía y me hacía feliz.

Al día siguiente Estefanía salía de viaje con sus padres por Europa. Estuvo una semana y media fuera. Decir que la eché de menos es no decir nada. No podía apenas dar mis clases. Estaba feliz, pero medio loco sin ella. La necesitaba mucho más de lo que nunca necesité mi dosis diaria de heroína. Ella era mi nueva heroína y era mucho más adictiva que ninguna droga.

Dos domingos después volvimos a vernos y repetimos el plan. Comida en el mismo restaurante, película aburrida que no vimos en una sala medio vacía y cena en una taberna de mala muerte cercana a la Plaza Smolénskaya, donde comimos como reyes. Ese domingo llovía y paseamos bajo el paraguas de marca también Bentley que tenía ella en el maletero del coche.

Decidimos quedar para el martes por la tarde, ya que termino un poco antes en el gimnasio. Esa misma noche nos dimos los respectivos números de teléfono. Estuvimos hasta las cuatro de la madrugada escribiéndonos

bobadas, insensateces, pero fue épico. Cada vez que mi móvil vibraba por la entrada de un nuevo mensaje, mi alma vibraba también de felicidad y emoción. Era ella en palabras, como lo era también con aquel ligero olor a lavanda de su primera carta.

El lunes, en cuanto tenía unos segundos libres, le escribía cuánto la quería y necesitaba, cuánto la echaba de menos y qué lejano me parecía ese inmediato martes por la noche. Ella me mandaba más mensajes. Le dije que me escribiera mucho, que me gustaba leer sus adorables frases. Por la noche ya no me escribió más, me extrañó un poco.

Yo vivía en una nube, en un globo extraño de felicidad que no había sentido nunca.

Pero el globo me lo reventó una carta que llegó al gimnasio el martes por la mañana.

Ese puto sobre me dio mala espina desde el principio. Héctor me dijo que, cuando abrió el gimnasio, el sobre estaba ahí. Solo estaba escrita una palabra: Kirill.

La abrí con rabia, porque la sospecha se abría paso en mi alma cual torrente de montaña desbordado tras una gran tormenta.

Hola, hijoputa:

Somos tus amigas, las niñas. Nosotras, como niñas inocentes e inexpertas, estamos locas de impaciencia por saber si serás tan macho como antes sabiendo que podemos volar la cabeza de tu chica, de esta preciosidad de ojazos verdes que se llama Estefanía. Está aquí, junto a nosotras. Queremos jugar a los médicos con ella. No sé si le apetecerá.

¿Quieres unirte a la fiestecita?

Esta noche te esperamos en la dirección que tienes en el papel pequeño. No faltes, machote. A las doce en punto.

Vas a pasarlo bien. Tenemos muchas sorpresitas para ti. Ah, nos olvidábamos. También queremos un millón de dólares. De dónde los saques no es asunto de niñas pequeñas, como comprenderás.

Tus queridas amiguitas.

Sabía que era cierto. La tenían. Esos tíos tenían conexiones bastante arriba, entonces. Tenía que haber acabado con ellos en lugar de humillarlos así, pero

lo hice por Héctor, para que no tuviera problemas. Bueno, ahora sí tenía mucho que perder yo. Por primera vez sentí miedo, un miedo visceral, tan intenso y profundo que me temblaba el cuerpo.

- Kirill, amigo, ¿qué ocurre? Son ellos, ¿verdad?

- Lo son, Héctor. Tienen a Estefy - fue lo único que acerté a decir, con la mirada perdida.

- Iremos adonde sea, la vamos a rescatar, no te preocupes. Aquí estoy para lo que sea, lo sabes. No tengo miedo, Kirill. De algo hay que morir, y si es por salvar a una chica como Estefanía y ayudar a un amigo como tú, estoy dispuesto.

- Héctor, amigo. Escúchame bien. Tú vas a quedarte aquí. En nuestro gimnasio. Digo nuestro porque quiero invertir mucho dinero en él, voy a participar contigo y seremos socios. Esto te supera, amigo. Solo puedo ir yo. Sabes poco de mí, te agradezco que nunca me hayas preguntado nada, te lo agradezco de verdad. Mi vida ha sido complicada y dura.

>>Soy ex soldado de las fuerzas especiales, mercenario en múltiples acciones por todo el mundo, matón de peleas clandestinas a muerte... He matado a muchísimas personas, Héctor, a muchas. Siempre eran soldados que querían matarme a mí, pero he matado. En fin, que tengo un historial interesante.

>>Yo mismo, Héctor, tengo pocas, muy pocas posibilidades de salir vivo de esta, así que imagina si me acompañas. Aquí no habrá lucha limpia, de tatami, con reglas, técnicas, árbitros. No puedes venir. Pero gracias, sé que vendrías conmigo. Eso me basta. Tú eres puro, como Estefy. No te quiero cerca de ellos. No quiero que veas esta mierda.

Ahora me voy y no sé si volveremos a vernos. Por si acaso no, dame un abrazo fuerte.

Estuvimos abrazados unos minutos. Héctor lloró como un niño de pecho. Se sentía culpable.

Salí del gimnasio y llamé a Estefanía. Quería comprobar que siguiera viva. Se puso el matón al que reventé los huevos y dos dientes.

- Hola, Kirill.

- Si oigo su voz, iré. Si no, olvidaos. No perdamos más tiempo.

- Ahora mismo te la paso.

Tras unos segundos de espera, en los que oí carcajadas de muchos hombres, pusieron a Estefanía al aparato.

- Kirill, cariño, lo siento. No vengas aquí. Quieren matarte -dijo entre sollozos-. Me describen cómo van a torturarte. No te preocupes por mí, estoy bien. Solo te quieren a ti. No voy a permitir que vuelvan a hacerte daño. Te prohíbo que vengas por mí. ¿Me oyes?

- Claro que te oigo, alto y claro. Espérame. Nuestra cita sigue en pie. Hemos cambiado el lugar, nada más. Un beso -dije antes de colgar.

CAPÍTULO 7

La cita era en una dacha en el distrito de Krasnogorski, a las afueras de Moscú. Conocía la zona bien.

No había plan. No podía haberlo porque cualquier error le costaría la vida a Estefanía. Si se habían atrevido a secuestrarla tenían el suficiente poder y contactos como para matarla sin problemas. Su vida me importaba mucho más que la mía. Fui hasta allí con un millón de dólares que solo tuve que sacar de mi caja fuerte, puesto que más de la mitad de mi dinero lo tengo siempre en efectivo, en diferentes divisas.

Las instrucciones eran solo acudir a la casa que me dijeron. Allí me esperaban seis maromos enormes. No eran los gorilas que habían entrado al gimnasio. Estos eran de otro nivel. Solo tuve que ver los trajes, las armas, los coches.

Trabajaban para alguien gordo, muy gordo, de los pocos que están arriba de verdad. Esto no tenía nada que ver con el gimnasio, ni con Estefanía, ni con la venganza de cuatro peles de cuarta. Me querían solo a mí y podía adivinar para qué.

Les enseñé el millón de dólares, que llevaba en una bolsa de supermercado. La cogieron y me hicieron pasar al interior de un Range Rover Sport negro, con todas las lunas tintadas. Una vez dentro, me taparon los ojos con una cinta negra, pero no me tocaron.

El trayecto duró unos veinte minutos.

Me sacaron del coche, sin quitarme la venda de los ojos, y me introdujeron en una casa. A continuación, me cachearon a fondo. No llevaba armas, habría sido absurdo. Los de seguridad se quedaron impresionados de que no las portara. Vi en sus ojos respeto sincero y, quizá, admiración.

Era un palacio impresionante, con lámparas de oro, cuadros originales de los mejores pintores clásicos de Europa de todos los tiempos. No había en la tierra un museo como aquel. Estaba en casa de uno de los dueños del mundo, no cabían ya dudas.

Los titiriteros del gimnasio aparecieron por allí.

- Buenas noches, Kirill. Lo primero es lo primero. ¿Has traído la pasta? -dijo

el de siempre, pues los otros parecían ser mudos.

- La he traído. Hay un millón de dólares. Ni uno más ni uno menos. Están en una bolsa, pero no la tengo yo, se la he dado a un amable grandullón que me ha querido aliviar de esa carga.

Entonces, el gorila que había tomado mi bolsa se la entregó al macarra.

- Ay, abogado, abogado. Mira que te proponíamos un trato justo y favorable. Así has tenido que pagar mucho más y, encima, has perdido nuestra protección. Lo que venga a partir de ahora no es cosa nuestra. Hay otras personas que te esperan. De todas formas, debo reconocerlo, aunque me duela, tienes los cojones más grandes que Rusia entera.

- Un segundo. ¿Dónde está ella? - inquirí.

- Estoy aquí, querido -dijo Estefy, apareciendo por una puerta trasera.

- Estoy bien -añadió.

Le sonreí y le hice un gesto de calma con la mano. Me quedé mirando la habitación y esperando que apareciera el gordo pececito que había organizado todo esto. No tardó en entrar al gran salón.

- Buenas noches, Kirill -dijo un hombre de unos sesenta años, vestido con traje y corbata, luciendo un reloj de oro rosa con diamantes. Me llamo Anatóly. Puedes llamarme Tolia, si lo deseas.

- ¿Qué pinta Estefanía en todo esto, si parece que me quieren a mí? Déjenla ir de inmediato y haré lo que usted quiera, Anatóly.

- Necesitábamos encontrar algo o alguien que te preocupara de verdad. Si no, no estarías aquí dispuesto a todo. Parece que esa chica te ha robado el corazón. Lo entiendo, Kirill. Es especial, muy bonita. Ella está segura y a salvo aquí, no te preocupes. Nada va a ocurrirle. Como siempre, Kirill, en este sucio mundo podrido y corrupto, todo es cuestión de dinero.

>>De mucho dinero. Pero no solo eso. Quiero verte pelear otra vez, la última vez. Sé que lo dejaste, pero porque no había ya rivales. Ni un solo luchador en el mundo, tras ver tus vídeos, accedía a luchar contigo. No digamos ya después de lo de Anzor.

>>Esa pelea la vi en vivo en aquellas montañas chechenias. Espectacular, magistral. Ambos parecía que os movíais a cámara rápida. No erais seres humanos. No sabemos qué erais, pero mereció la pena. Fue alucinante, algo

que no olvidaré jamás.

- Lo repito, si Estefy sale de aquí y vuelve a casa, haré lo que sea, sea lo que sea, poco me importa. Pero si no, matadnos a los dos. Preferimos morir antes de que jueguen con nosotros.

- Kirill, ¿crees que podría dejarte aquí, solo, en peligro? No me muevo de aquí -dijo Estefy, casi gritando.

- Bueno, bueno, tortolillos. Veo que estáis enamorados y os lleváis muy bien. Eso es bonito, y me agrada de veras. Voy al grano, Kirill. Como sabrás, los vídeos de tus peleas se han hecho virales por todo el mundo. Quizá no lo sepas, pero aguarda una fortuna de locura a aquel que consiga hacerte luchar de nuevo. Y ese aquel lo tienes delante, es el menda lerenda.

>>Me enteré de lo que sucedió en ese gimnasio donde trabajas y, a través de la banda de unos amigos, te observamos y vimos que esta chica podría hacerte cambiar de opinión. Solo eso, Kirill. Una pelea. Solo una. Pero atención. Los billonarios del mundo, que somos pocos, vamos a apostar en esta pelea. Vamos a invertir mucho dinero y todos queremos ganar. Yo soy el único, Kirill, el único de todos, que sostiene que podrías vencer a diez rivales a la vez.

>>Eso solo ocurre en las películas, lo sé. Pero te he visto, y tienes algo que nadie tiene. Me parece que tienes opciones, no demasiadas, pero las tienes. Todos los demás opinan lo contrario y van a apostar por tus rivales. Lo bonito de todo esto es que gran parte de los beneficios está en eso, en cuántos consigues cargarte hasta que acaben contigo.

>>Allí no se ponen de acuerdo. Solo uno, un jeque árabe, ha apostado a que caerás con el primero, debido a que peleas presionado y temiendo por el amor de tu vida, algo a lo que no estás acostumbrado. La mayoría empieza a apostar a partir del quinto y el sexto.

>>Muchos con el noveno y el décimo, fíjate la confianza brutal que inspiras. Es extraordinario el interés que has despertado, Kirill. En el jardín hay ahora mismo treinta multimillonarios que se van a jugar una importante parte de sus fortunas. Ni siquiera puedes imaginarte el dinero que se va a mover aquí esta mágica noche.

-Pero para ti también hay buenas noticias, querido amigo -añadió-. Muy buenas, aunque no lo creas. Pase lo que pase, por participar como estrella

principal, te llevas mil millones de dólares. Mil millones, Kirill. Son muchos ceros. Si lo pones en rublos, no tienes papel para hacerte idea. Eso para empezar. Y cincuenta millones más de mi propia fortuna, ya que soy el interesado en que no pierdas nunca, por cada tío al que tumbes.

- Ahora mismo. Venga, traedme a los maromos. Pero, eso sí, ella fuera de aquí, a salvo, en casa, junto a su padre. Cuando yo sepa que está en seguridad - dije.

- No, Kirill, amigo, no funciona así la cosa. Las reglas de este juego las hemos hecho entre todos. Ella es parte esencial del juego. Tiene que estar viéndolo todo. Es la condición que ponen todos los que creen que caerás al final. Que solo gracias a su presencia podrás perder. Están convencidos de ello. Puede ser.

>>A mí me daría igual que se fuera; incluso lo preferiría, es obvio, pero no podemos hacerlo así. Solo tienes mi palabra de que no se la tocará; no somos así, Kirill. Somos hombres de negocios, pero no vamos a hacer daño a esa criatura inocente. Nadie le tocará un cabello de su preciosa melena rubia. Es bonito, ¿verdad?

>>El amor hará caer al salvaje. El mito de la Bella y la Bestia hecho realidad. Pero yo, en cambio, opino que a ti ni el amor te desconcentra peleando. Incluso podría ser un incentivo. Confío en ti más que en mí mismo, te lo aseguro. Estoy obsesionado con verte luchar. No puedo parar de ver tus vídeos. Es adictivo.

- Entiendo. Hay plan B en el caso de que me niegue a luchar. ¿Cuál es? Me podría interesar conocerlo -afirmé.

- Muy bueno, Kirill. Tienes chispa, amigo. Ni en esta tensa circunstancia te arrugas ni pierdes el humor. Eres un hombre, y además muy inteligente. Apenas quedan ya ejemplares como tú. ¿Vas entendiendo por qué yo he apostado todo por ti? Sí, en efecto, hay un plan B. En caso de que te niegues, vas a Chechenia.

>>Un tío de Anzor no está conforme con lo que pasó allí y me ha ofrecido mucho, mucho, pero que mucho dinero por llevarte hasta allí. Lo que te suceda allá no es cosa mía. No creo que vaya a ser agradable, ya conoces a ese pueblo. La venganza es cosa seria para ellos.

>>A mí me gusta más el plan A, que te garantiza además protección personal,

por mi parte, si ganas y sobrevives, de por vida si así lo quieres. Al menos mientras viva ese chechenio que te quiere tanto. También te doy mi palabra. Y te prometo que no volveré a chantajearte para que pelees más. Sé que todo tiene un límite y contigo no se juega.

Miré a Estefy, que se había derrumbado entre los brazos de dos gorilas. Estaba hundida. Verla así encendió esa parte de mí, esa parte terrible, insondable, que aparecía a veces, pero ahora multiplicada. No entendieron lo que habían hecho.

Supe al mirarla que podría no solo con diez, sino con veinte a la vez, o los que fueran viniendo. Tanto si se desmayaba como si me veía luchar, iba a vencer. La certeza me removió mi interior. No había sitio entonces para la lástima por aquellos diez tíos. Habían aceptado algo deshonesto y lo iban a pagar caro.

- He dicho que sí. Venga, de inmediato. Estefy y yo vamos a cenar hoy juntos. Se lo he prometido y nunca falto, jamás, a la palabra dada. Venga, que salgan ya los hijoputas, que quiero verles la cara.

Anatóly cambió el gesto. Percibió que me había transformado. Creo que él también entendió, como yo, que se acababa de convertir en uno de los hombres más ricos del planeta. Vio mi mirada. Él apostó no por mis golpes, ni por mis movimientos sino por el fuego inhumano de mis pupilas. Su sonrisa resplandeció al verme así. Esperaba, creo, justo esta reacción por mi parte.

Salimos al jardín y vi a los billonarios hablando y bebiendo. Se hizo un sepulcral silencio en cuanto aparecí. A algunos se les cayó la copa de las manos. No sé qué expresión tenía mi rostro, pero todos temieron por sus fortunas. Se miraron unos a otros, empezando a mostrarse inseguros. Alguno trató de disimular con una carcajada, un viejo truco que ya no engaña a nadie.

- La decena de luchadores, Kirill -explicó Anatóly-, proviene de medio mundo. Hay un angoleño, dos chinos —hemos conseguido, para que veas el poder del dinero, incluso un monje Shaolin—, un japonés, un brasileño y no recuerdo ahora de dónde son los otros. No me importa. Vas a vencerlos a todos.

Los luchadores estaban sentados en sillas en el centro de una tarima de madera. Se levantaron y me saludaron inclinando las cabezas. No les devolví

el saludo y dije, en ruso:

- Sois mercenarios sin honor. No merecéis ningún saludo por mi parte -dije quitándome americana y camisa, para evitar agarrones no deseados.

Estefanía tenía las manos en la cabeza, lloraba y se agitaba. Eso era muy bueno para nosotros. Cuanto más sufriera, más encendía mi fuego interior, más me calmaba y más riesgo de morir tenía cada uno de ellos.

- Señores -anunció Anatoly-, empieza nuestro negocio. Las reglas están claras para todos. Los luchadores, los once, pelearán sin armas. Esa es la única regla.

El sonido de un gong dio inicio a la lucha. Yo permanecí en el centro, esperando, tranquilo. Observé con rapidez a todos y cada uno de ellos, uno por uno. Estaban en círculo, a mi alrededor. Me observaban, pero ninguno me mantuvo la mirada. Una vez más, las miradas se dirigían a mis brazos, a mi pecho, a mi cuello, con tal de no tener que abrasarse en un fuego que no entendían.

El monje shaolín, calvo y con su tradicional vestimenta anaranjada, hizo un veloz acercamiento lanzando dos brillantes y muy rápidos golpes con la punta de los dedos dirigidos a mi rostro. Interpreté el movimiento desde antes que a él se le ocurriera.

Una simple patada barredora lo derribó al suelo antes de que me alcanzase, puesto yo en un ángulo lejos de su alcance. El mismo pie le destrozó, en cuanto cayó, una vértebra cervical. Murió en el acto.

Dos luchadores se echaron, instintivamente, hacia atrás. Esos ya habían perdido. Me quedaban siete que trataban de disimular su recién adquirido pánico que sustituía a su anterior estúpida seguridad.

Me rodearon el japonés, un luchador de sumo famoso del que vi peleas en nuestros cursos de artes marciales, y dos negros. Solo tuve que esperar y leer. Volví a leer correctamente. Tenían preparada la estrategia, que confieso que no era mala del todo. Uno de los negros vino de frente por mí mientras el otro, por detrás, esperaba para agarrarme con la ayuda del inmenso japonés.

Creían tener mis salidas bloqueadas. Yo no tenía que salir de ninguna parte, sino ir destrozando huesos, uno tras otro. El impulso del primer atacante me sirvió para lanzarlo con gran fuerza contra el otro negro. Sus cráneos chocaron con un fortísimo impacto y cayeron al suelo, inconscientes.

Sin pérdida de tiempo, me lancé de cabeza, como un torpedo, contra el cuerpo del japonés. Lo agarré de las rodillas, por atrás, lo levanté y lo lancé al suelo con toda la fuerza de la que fui capaz. Su gruesa capa de grasa amortiguó un poco el golpe, pero tuvo un instante de confusión, que aproveché para, en un movimiento hecho cientos de veces, romperle el cuello con un simple y fácil movimiento de manos.

El crujido hizo vomitar al árabe, no sé si por el ruido en sí o por la cantidad de millones que iba ya palmando.

La pareja que retrocedió al principio salieron corriendo sin mirar atrás, como sabía que sucedería, pues lo he comprobado mil veces. El miedo, cuando entra, solo se incrementa, ya nunca abandona al que lo sufre.

Los miembros de seguridad dispararon contra ellos, acribillándolos a balazos. Anatóly rio entonces con ganas. Sentí ganas de secarle la risa como el sol del Sahara seca una gota de lluvia sobre la duna, pero no había tiempo para esas zarandajas.

Aproveché el estado de pánico de los luchadores para rematar a la pareja de negros caída, que me podían causar aún muchos problemas. Les rompí el cuello de idéntica manera, sin perder más de segundo y medio.

Como no me podía distraer ni una centésima de segundo, no pude mirar a Estefy.

Quedaban aún cuatro y parecían los más fuertes y ágiles. Habían reservado a los mejores para el final. Un oriental, alto y delgado, de piel morena, tailandés o vietnamita. Un blanco de metro noventa, cuadrado, con los hombros más anchos que había visto nunca; el chino que quedaba y un, por los rasgos, eslavo de gran estatura y músculos largos y finos.

Estos cuatro atacaron a la vez, bien coordinados. Lo que quizá no sabían era que en las montañas del Cáucaso entrenaba a veces con veinte y hasta treinta soldados, a los que pedía venir por mí al mismo tiempo. Estaba acostumbrado a estos ataques masivos. De ellos saqué gran parte de mi técnica personal. Era sencillo pararlos.

Más de dos, a no ser que hayan practicado años, se molestan en un ataque. Por eso, solo debía estar atento a las parejas. Vi que formaban dos parejas de dos, no un conjunto fuerte de cuatro. Más peligroso para mí. Chicos listos. Las parejas estaban bien elegidas. Un fuerte con un rápido. Había equilibrio.

Puñetazos y patadas de todos los estilos me llovieron durante unos veinte largos segundos. Tenían miedo y tomaban demasiadas precauciones. No entraban a fondo. Pude esquivar y bloquear la mayoría, dejando que impactaran los golpes menos peligrosos, que a veces eran los más fuertes, pero dirigidos a zonas tranquilas, como el pecho, los hombros o los muslos. Los golpes hicieron el característico ruido sordo que animó a los billonarios, que, enardecidos, se arremolinaron para animar a los cuatro que quedaban.

Hasta ese momento no veían la posibilidad de ganar un céntimo. Cuando una pareja descansaba dos o tres segundos, la otra se empleaba a fondo. Mi única posibilidad era estar atento, tranquilo, parar, moverme bien y dejar que se cansaran y, sobre todo, que se fueran desmoralizando. Un buen puñetazo me rozó el tabique nasal y salió un hilillo de sangre. Todo controlado. La visión de la sangre los animó y enardeció y perdieron el buen ritmo que llevaban hasta entonces, un ritmo de ataque y retirada casi perfecto. En vez de continuar así, pensaron que era el momento de atacar con más riesgo. Yo estaba entero y el fuego ardía bien. Podría seguir así una hora más.

Siguieron atacando pero entendieron que los cuatro juntos no conseguían nada y volvieron a la táctica del principio, pero para entonces ya conocía los giros, apoyos, pensamientos, dudas y fallos de cada uno. Hice mis deberes, como acostumbro. Durante cuatro minutos dejé que me llovieran sus mejores golpes. Yo ya sangraba bastante por boca y nariz, pero eran golpes superficiales, como la caída de un niño que se raspa la rodilla.

La sangre, en sí, no significa nada. Fue entonces, cuando el blanco musculoso cometió el primer error. No controló bien una patada frontal que pretendía desestabilizarme de mi buena posición y se quedó un poco corto. Agarré su tobillo, pisé el pie de apoyo y, mientras giraba donde no estaban los otros tres, le partí la tibia de esa pierna apoyada con un seco golpe lateral.

Fuera de juego, aunque aún podría molestarme si tenía los suficientes cojones para soportar el dolor.

El chino tenía una mirada tranquila, preparaba algo, me ocultaba su mejor golpe. Seguramente cada uno de ellos tendría un plus extraordinario si conseguía tumbarme, dejarme k.o. o matarme directamente. Me parecía que se reservaba más que los otros, pese a que participaba en los ataques coordinados. El chino era justo la pareja del que tenía la pierna partida.

De repente, oí el sollozo de mi amada. Era muy inteligente y trató de no llorar

ni gemir, de no gritar durante toda la lucha, pero sus fuerzas habían llegado a su fin. Fue demasiado para ella. Ese sollozo ayudó a poner fin a todo. Una nueva energía, surgida quizá de mi amor absoluto por ese ser, hizo que pasara yo al ataque. Mi estrategia había sido buena hasta entonces, pero desconcertar también es bueno en ciertas situaciones.

Y eso fue justo lo que sucedió. Ataqué a los tres al mismo tiempo, mediante golpes muy abiertos, con codo, mano, talón, rodilla, cabeza... Fui, durante un minuto, un huracán imparable al que no pudieron hacer frente. Al vietnamita y al eslavo me los fui puliendo sin remisión. Primero las narices, después las cejas, luego a uno la garganta y al otro un hombro... Apenas podían con su alma ya. Yo recibía fuertes golpes, pero ninguno mortal.

Estaban agotados debido a sus intensos e infructuosos ataques. Desmoralizados, se vinieron abajo, ellos mismos me dijeron que estaban derrotados, con sus miradas. Los dejé fuera de combate con una fenomenal patada de taekwondo que les atizó a los dos, con una patada salida de la espalda, en giro. No pudieron levantarse.

El chino esperaba ese momento. Se había reservado, claramente, para quedar al final. Sonrió, lo que me dio a entender que alguna sorpresa me aguardaba. Sentí que no había que esperar más. Ya no tenía que calcular nada, sino ir por él y derrotarlo siendo más rápido e inteligente. No se esperaba mi fulgurante ataque. Conseguí impactar con el puño en su ojo, tras cuatro bloqueos consecutivos por su parte. Le cerré un ojo.

A partir de ahí, decidí castigarlo desde lejos y atacar por el lado del ojo cerrado, aprovechando esa ventaja. Dos codazos fuertes a las costillas le dejaron sin resuello. Estaba mal, pero no me fiaba de él. No sé de dónde, aún hoy no lo entiendo, me llegó un pie a la cara, tirándome, por primera vez, al suelo.

Una patada secreta que no conocía, muy potente, que no fui capaz de leer. Un maravilloso golpe. Solo el fuego interior que ardía me permitió levantarme como un resorte e interceptar otra similar que me venía al cuello. Fui al *clinch*. Lo agarré y caímos al suelo. Yo sangraba como un cochino en matanza por boca y nariz.

En el suelo él era muy bueno. Consiguió voltearme y ponerse encima, intentando asfixiarme con el antebrazo sobre mi garganta, desde atrás. Mi extraordinaria fuerza física hizo que un poderoso salto lo desmontara de mí y

me soltara por un segundo. Entonces, le hundí el pie en la garganta cinco veces, destrozándosela. Murió por asfixia. El aire no podía bajar a los pulmones.

Su agonía, los estertores ruidosos, provocaron que la masa aulladora de billonarios, callase de repente y un brutal SSSÍIII saliera de la garganta de Anatóly.

Con todo el rostro lleno de sangre, tambaleándome por el esfuerzo final y el desgaste, me acerqué a Estefy, la abracé y nos fuimos, en silencio, de aquella casa horrible.

De repente, una cerrada ovación salió de las palmas de todos los presentes. El eco de los aplausos se fue alejando de nosotros mientras salíamos de aquella mansión de lujo.

- Mañana tendrás tu dinero en la cuenta, Kirill. Soy un hombre de palabra - gritó Anatóly desde lejos. ¡¡Gracias!! ¡Eres el mejor!

CAPÍTULO 8

- Cómo he sufrido, querido, creo que he perdido diez años en estos minutos terribles. Temía tanto por ti. Se veía que no iban solo a pelear, sino a matarte. Vamos a un hospital -dijo Estefy agarrándome por la cintura, cubriéndome a besos.

- No te preocupes, mi cervatillo. Tu presencia me ha dado la fuerza para vencer esta increíble batalla de la que no era posible salir victorioso. Solo tu amor, el amor, me ha permitido salir con vida. Creo que estoy transformando ese fuego. Sigue ahí, pero quiero que sea un fuego de amor, ya que no puedo deshacerme de él. No de furia, ni de odio, ni de desesperación.

Uno de los conductores de Anatóly, tras felicitarme efusivamente y pedirme, tímidamente, un autógrafo para sus hijos, que estaban locos por mí, nos llevó a Moscú en un Mercedes muy cómodo. En el coche había agua y servilletas y Estefy me curó las heridas. Ella tenía la cara llena de sangre de la cantidad de besos que me dio.

- Kirill, ¿os llevo a algún hospital? Hay uno privado excelente donde va Anatóly. Me ha dado instrucciones de llevarte allí, están los mejores médicos del país.

- Amigo, no necesito ningún médico sino un buen restaurante donde cenar con mi novia. Hoy teníamos una cita y nada lo va a impedir.

El chófer miró por el espejo y rio, encantado con la respuesta, que contaría, exagerándola en algún grado, a sus hijos.

- El problema es que, a esta hora, no quedan muchos abiertos, Kirill -dijo el chófer.

- El *Pushkin* cierra muy tarde, creo -apuntó Estefy, acariciándome el pelo, aferrada a mí como lapa a la roca.

- Ya lo has oído. ¡Al *Pushkin*!

Era la una y cuarto de la noche, mi rostro estaba bastante vapuleado por decenas de golpes de los luchadores. Me dolía bastante un costado, quizá tenía alguna costilla fracturada, pero, por lo demás, me sentía en plena forma. Junto a Estefy todo era felicidad.

Por el camino llamé a Héctor. No podía olvidarme de ese gran amigo, que estaría sufriendo, preocupado por nuestra suerte.

- Héctor, amigo, estamos bien, a salvo. Ahora me voy con Estefy a cenar, teníamos una cita hoy.

- Kirill, no sabes lo feliz que soy al oír tu voz. Llevo todo el día con un estado de nervios increíble. A las 3 me he ido del gimnasio, he cancelado mis clases. Me estaba volviendo loco. Entonces, ¿era Sasha?

- Sasha era solo el chico de los recados de otros más gordos, pero no importa, todos son lo mismo. Unos son más ricos y otros menos, pero hacen lo mismo. De ese asunto me ocuparé también algún día. Mañana quizá no pueda dar todas las clases, Héctor. Pero me pasaré por el gimnasio. No te preocupes de nada, está todo controlado. *Bez bazara, drug.*

- Un abrazo, Kirill, gracias por avisarme -contestó él, creo que llorando-. Eres algo increíble, nadie podrá nunca contigo.

Yo no estaba demasiado presentable para ir a uno de los restaurantes más lujosos de toda Rusia. La cara estaba hinchada y, aunque Estefy se había ocupado de ella, limpiándola y curándola gracias al pequeño botiquín que tenía el Mercedes, parecía justo lo que era, una cara salida de un combate a muerte.

Los hombres de seguridad del restaurante, mastodontes de más de dos metros, vestidos con frac, me saludaron efusivamente. También habían visto mis vídeos. Me acompañaron hasta la mejor mesa del restaurante, felices de conocerme en persona. Acababan de cerrar al público, pero dijeron que toda la plantilla estaría encantada de atendernos. Teníamos el restaurante para nosotros solos.

Allí, en ese precioso local de techos altos, vidrieras, plantas enredaderas alrededor de las ventanas, con decoración de madera fina, cenamos Estefy y yo, envueltos en la música del pianista, que, por cómo me miraba, es posible que también me conociese.

Estaba agotado y, en un momento, estuve a punto de desmayarme sobre la mesa, pero aguanté para no preocupar a Estefy.

- Cariño, mi amor, estás que te caes de cansancio. Vámonos, ya hemos tenido nuestra cena romántica, preciosa además. No puedo verte así, estás haciendo esfuerzos por aguantar despierto. No puedes más. ¡Qué egoísta soy!

- Estefy, estoy feliz. No, estoy hecho polvo físicamente, sí, del todo, pero jamás me he sentido tan bien y no quiero ir a ninguna parte. Quiero estar aquí, justo aquí, en esta mesa, con tu cara reluciente y preciosa delante de mí.

>>Quiero solo mirarte y mirarte para siempre. Que me sonrías, que me acaricies la mano. No necesito nada más en esta vida. Qué fuerte ha entrado el amor en mí. No sabía que pudiera existir esta sensación de plenitud. Siento que somos uno, un ser en dos cuerpos, pero uno.

- Siento lo mismo -dijo ella llorando-. Mi Kirill, soy tan feliz. Solo un hombre auténtico, como tú, habría hecho justo lo que has hecho por mí. Y sé que harías aún mucho más, pero, por favor, ya basta. No soporto ver que te toquen. Esas patadas que recibías, con ese ruido espantoso, las recibía yo en el corazón. Me dolía.

Estefy había podido llamar a su familia para decirles que estaba en casa de una amiga y nunca supieron que fue secuestrada. Llamó a uno de sus conductores para que viniera con otro y nos trajeran el Bentley.

Estefy vino a mi casa y dormimos juntos por vez primera. El dolor de todos mis huesos se fue incrementando. Necesitaba descansar y me dormí a los pocos minutos de tumbarme. Estefy durmió agarrada a mi pecho, besándome y acariciándome toda la piel, aliviando así gran parte del dolor. Dormí bien aquella noche.

* * * *

- ¿Cómo te sientes, Kirill? - me preguntó ella, preocupada, en cuanto abrí los ojos.

- Estoy como nunca. Me siento vivo por fin. He descansado bastante bien. Recuerdo vagamente tus caricias, que me sedaron.

En realidad me dolía todo el cuerpo, pero me cuidé mucho de decírselo. En el fondo, me sentía muy bien interiormente. Estaba al revés de como solía estar antes. Me costó un poco incorporarme. Estefy me tenía el desayuno preparado en una bandeja. Lo comí casi como un salvaje. Una fuerte ansia por comer me invadió. Cuando terminé, todo lo que tuve que hacer fue recibir los labios de Estefy sobre los míos. No sé cuánto tiempo estuvimos

besándonos.

Hacia el mediodía fuimos juntos al *Orly*. Tenía proyectos que discutir con Héctor. Le propuse comprarle el gimnasio, para evitar nuevas visitas de Sasha y sus niñas. Saben que hay dinero e intentarán sacar más. A cambio, íbamos a construir dos más que dirigiría él, asociado con nosotros. Estefy se ocuparía de todos los asuntos legales.

Cuando le extendí el cheque a Héctor, me miró y casi se cae al suelo.

- Kirill, amigo, Kirill, no tienes que hacer esto. ¿Sabes cuántos ceros hay aquí?

- Son pocos para todo lo que has hecho por mí, amigo. ¿Tú puedes medir la felicidad añadiéndole ceros? Yo no soy capaz -dijo, sonriéndole.

En ese momento recibí una llamada al móvil. Eran de mi banco.

- Señor Mishkin, tenemos una gran noticia para usted. Es una situación muy poco frecuente. Va usted a recibir un ingreso de mil quinientos millones de dólares a su cuenta. Recibir este dinero es un gran honor para nosotros y queríamos invitarlo a pasarse por nuestras oficinas para formalizarlo todo y hacerle entrega de unos pequeños obsequios. Le gustarán.

- Hoy no puedo, caballeros. Se lo agradezco. Salgo de viaje.

- Por supuesto, señor. Cuando usted quiera, estaremos encantados de recibirlo. Lo esperamos ansiosos -dijo el director, haciéndome la pelota, con tono hipócrita de buitre que olfatea carroña.

- Héctor, mañana mismo salimos de viaje Estefanía y yo.

Estefy no sabía nada. Quise que lo supiera de esa forma. Abrió la boca en gesto de sorpresa.

- Kirill, ¿adónde vamos? ¡Qué sorpresa!

- Tenemos un viaje de superlujo llamado "Around the World". El viaje, de 24 días de duración, consiste en viajar siempre en un avión privado, el "Four Seasons", que nos irá llevando por varias ciudades del mundo -expliqué.

El propio avión ya era un buen motivo para viajar así. Era un jet privado, un Boeing 757 con asientos de piel, bebiendo a todas horas champán Dom Perignon y comiendo menús dignos de restaurantes de cinco tenedores. El avión iba haciendo un recorrido por varias ciudades del mundo. Había cuatro

variedades para elegir.

Finalmente me decidí por el viaje "International Intrigue". En esa ruta, aterrizaríamos en los siguientes destinos: Seattle (EE.UU), Kioto (Japón), Pekín, Islas Maldivas, Parque Natural del Serengeti (Tanzania), Budapest, mi querida San Petersburgo, Marrakech y Boston. En cada ciudad nos llevarían a los más exclusivos restaurantes, dormiríamos en los mejores hoteles y haríamos cortas excursiones para ver lo mejor de cada lugar.

Me pareció un viaje magnífico. Una vuelta al mundo en tres semanas. Justo lo que necesitaba, al lado del amor de mi vida. Descansar y conocernos bien, lejos de todo lo conocido.

- Estoy deseándolo, Kirill, cariño. ¡¡Qué alegría!!

- Venga, tienes que ir a casa y hacer la maleta. Después, ven a casa, estaré esperándote. El viaje empieza en Estados Unidos. El vuelo es esta misma noche, a las diez y cuarto - dije. El *tour* comienza pasado mañana.

- Ahora me quedo un poco con Héctor, para comentarle con más detalle todos nuestros planes -añadí.

- Tengo poco tiempo entonces. Adiós, chicos -dijo Estefy, después de darme un corto beso en los labios.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[— Comedia Erótica y Humor —](#)

[J*did@-mente Erótica](#)

[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)

[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[El Rompe-Olas](#)

[Romance Inesperado con el Ejecutivo de Vacaciones](#)

[— Erótica con Almas Gemelas —](#)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no

os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo

esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la

victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.